





**INTIMIDADES TAURINAS
Y EL ARTE DE TOREAR
DE
RICARDO TORRES**

Bombita

PRÓLOGO DE
FELIPE TRIGO

INTRODUCCIÓN

DE

MIGUEL A. RODENAS



INTIMIDADES TAURINAS

2

INTIMIDADES TAURINAS

Y

El Arte de torear
de Ricardo Torres "Bombita,,

Con prólogo de

FELIPE TRIGO

y una introducción de

MIGUEL A RÓDENAS



MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMPAÑÍA
Princesa, 77.



ES PROPIEDAD



AUTÓGRAFO DEL "BOMBITA" DESMINTIENDO
los rumores sobre su retirada que han circulado con motivo
* * * * de su cogida en Barcelona * * * *

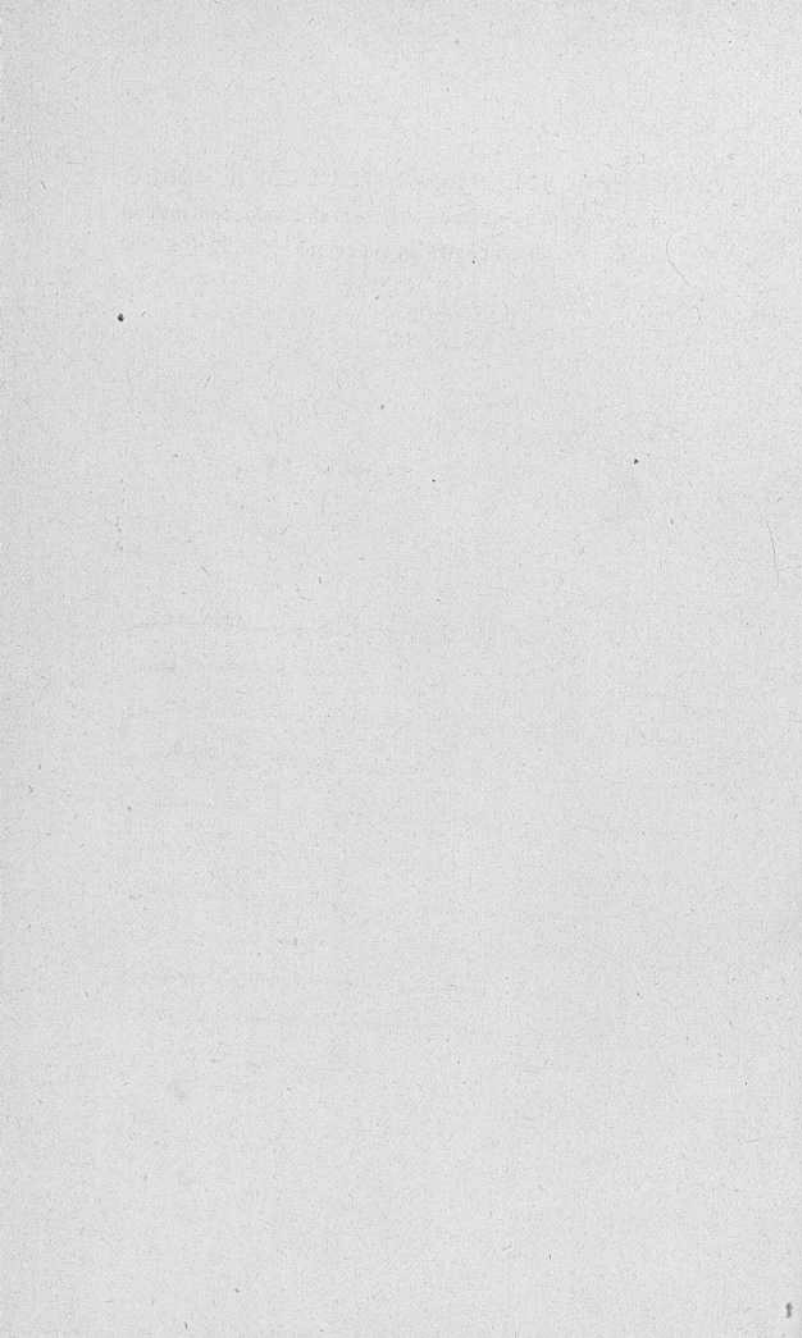
Hotel Gran Colón

14 Julio 1910

estos contratiempos que me suceden con los toros desquentan en mi mas afición, y con afición se hace muy penoso retirarse.

Ademas si no fuera así tampoco me retiraría por creencia responsable en circunstancias como la presente

Manolo Torres
Bombita



¡OH, LA SONRISA DEL BOMBA!



¡OH, LA SONRISA DEL BOMBA!

Ricardo, cubierto por la sangre que manaba en abundancia de sus dos graves heridas, y llevado á la enfermería por sus compañeros, iba sonriendo.

(Telegrama de EL LIBERAL, 25 Junio-10.

En este libro alientan vivos la gracia, el gesto de belleza y el valor de un héroe. Siendo así, viven en este libro los tres elementos éticos fundamentales de la sociología del porvenir, y es éste, por lo tanto, un libro sociológico. Chasco te habrás llevado, lector, si al comprarlo como ameno solamente, á impulsos de tu grande admiración por

Ricardo *Bomba*, perfecto y actual modelo de toreros, no te hubieras hecho cargo de que todo lo que por fuerte admiración instintiva nos impulsa hacia la amenidad y la alegría tiene que ser infinitamente trascendente.

Sin tal condición, yo no hubiese accedido á escribir en guisa de proemio estas palabras, porque no amo lo trivial.

Me explicaré, queridos unamunos; vosotros no sabéis más que lo que os han dicho en veinte libros los veinte locos que van desde Nietzsche á Mæterlinck, y estáis hechos un lío completamente.

Habláis en nombre de Nietzsche y Mæterlinck.

Yo, en cambio, hablo en nombre de la Vida.

Yo, un día, bonitamente me salté una biblioteca filosófica, y me encontré en medio de la vida. Vi gardenias y mujeres, curas y anarquistas, soldados y toreros. Quizás cogí un clavel

y una mujer y los besé; y, á partir de entonces, respeto casi por igual á Santo Tomás y á Saint-Simón (más, desde luego, que á Nietzsche), me hice un poco soldado y soy un grande admirador de los toreros.

Es decir, que la vida y yo somos armónicos.

O, es decir, para dejarlo mejor dicho: que yo me declaré un grande enamorado, un grande armonista con ó de la vida.

O, es decir, aún, para dejar exactamente ampliado lo que voy diciendo: que me sentí europeo, que me sentí mundial..., y, *además*, español ultrapatriota de esta España que sobre tener gardenias y mujeres y anarquistas y curas y soldados, igual que Francia é Inglaterra, por ejemplo, tiene esos grandes doctores de energía conocidos por el nombre de toreros, vulgarmente.

Y... vamos á ver, vamos á ver si se puede ó no inferir más sociología fren-

te á un toro y un espada, que frente á *Zaratustra*.

* * *

Cuando yo á los quince años me gasté el primer duro en gardenias para mi primera hora de pasión á una mujer, sentí... después... igual remordimiento, igual casi vergüenza, que... después... de haber derrochado mi primer duro de estudiante madrileño por ver á *Lagartijo*.

—¡Estúpido! ¡Idiota!—me dijo un honrado dómine al saberlo.

Y yo pensé: «Lo debo de ser, en verdad, puesto que me gusta lo estúpido y lo idiota». —Musa-musæ, y pi erre dos. Mis sabios libros no decían nada de aquellas idioteces que brindábame la vida; y si lo decían, en alguna ética ó en alguna urbanidad obstinadas en enseñar el manejo experto del deber y la cuchara, vive Prim, que no era para dejar tranquila la conciencia.

De modo que... de Universidad aden-

tro, ciencia, lo aburrido; de Universidad afuera, vida, la alegría... ¡Hombre, hombre!

Le brindo á los señores ministros de Instrucción esa tremenda idea tan verdadera, aunque tan cruel, y que ellos vean si pueden meter un poco la vida en los claustros ó sacar un poco la ciencia por las calles. Urge. De lo contrario, los muchachos tendrán que seguir creyendo cosas raras, cosas enormes y monstruosamente contradictorias de la Ciencia y de la Vida.

Por suerte, para mí, aquel dómine, que no tenía nada de viejo ni de gorro con borlita, sino que era un joven doctor rubio como un ángel, en el domingo siguiente, cuando yo gasté mi segundo duro para ver á *Lagartijo*, se me apareció en delantera de grada con la dulce compañía de una dama de alquiler.

—¡Hombre! ¡Hombre!—dije.

Y me quedé muy pensativo sobre el segundo de Latín toda la noche.

Casi nada sé de la técnica del toreo, ni me interesa; no obstante lo cual, en un tendido del 10, del 1, del 2, suelo encontrarme con los que saben de esas cosas, todos los domingos.

Y... ¡bah, si me dejasen, cómo le mudaría yo á los taurinos circos el rótulo de su entrada!

Hoy dice en ellos: PLAZA DE TOROS.

Pues, yo pondría: GRAN CATEDRA DE VIDA.—VALOR.—BELLEZA.—CRUELDAD.—ESTUDIO POLÍTICO DE MUCHEDUMBRES.—Y encima, como emblema, un enorme corazón humano cruzado por un cuerno. Por un cuerno que no importara que fuese humano también.

¡Oh, sí, yo voy á los toros, y principalmente cuando torea el *Bomba*, por ver esa cosa tan inmensa, tan casi divina, que es la sonrisa del *Bomba*, ó de otros hombres como él, frente á frente con la muerte!—Ellos y sus sonrisas me reconcilian con *mis espe-*



Grupo interesante de Bombita con su hermano Emilio, Gloria y Blanca Laguna y otros amigos y admiradores de ambos sexos

ranzas de la vida. Ellos y sus sonrisas, y el loco entusiasmo de la multitud ante lo que es bello y arrogante, me hacen olvidar la amarga pena de cuanto ruin y miserable «de veo á la humanidad en los demás días de la semana».

Brinda el *Bomba*. Sale. Sonríe. Lleva plegada la muleta, y va hacia el toro con la gracia de una elástica y pagana estatuíta de marfil. Su faz es de chiquillo, casi de chiquilla... ¡qué importa!... sonríe y subyuga... Suelta el trapo rojo en el propio hocico de la fiera.

—¡Ole!—gritan hasta los que se creen sus enemigos por la simple razón de querer adorar á otros espadas.

Y yo, inmediatamente, pienso—deplorando que no lo puedan pensar con la misma fuerza y ante el mismo espectáculo los sociólogos de Londres: «La humanidad no está degenerada é irremisible perdida, puesto que ella *siente la belleza*».

—¡Ole! ¡Ole!

¡Ah! es que el *Bomba*, siempre ágil y graciosa estatuíta, sonríe siempre jugando con la muerte entre los cuernos de la fiera. De su Capitolio no dista su Roca Tarpeya dos centímetros. Es el héroe. El cuerno le ha roto esta vez las sedas junto al mismo corazón. Pero... sonríe. Sonríe y no descompone su elegancia. Sabe que le separa un solo segundo del ridículo, muerte en el vivir, y otro solo segundo de la eternidad, muerte de la muerte. Entre ambas muertes, él con su cara de chiquilla y su cuerpo grácil de escultura, sigue elegantemente jugando y sonriendo...

Digo... que es el héroe de heroísmo más difícil, y la española prueba más hermosa de que sirve el hombre para todas las grandezas. Su valor es un valor sereno y reflexivo, constante á lo largo de su vida. El guerrero que expónese á morir en el fragor de una batalla, por el noble ideal de una

bandera, no tiene que preocuparse, al menos, del «bello gesto» de su muerte: cae allí, en «la soledad», entre fuegos y cañones...; y si no cayese, aun habiendo pasado por todos los riesgos su bravura, réstale el consuelo de esperar tiempos de paz y regocijo.

El matador de toros, no. Si muere, ha de morir sin el furor que ciega en la pelea; ha de morir con gracia, con sonrisa..., y además sabe que durante su vida entera de juventud ha de exponerse á morir cada ocho días.

—¡Ole! ¡Ole!

—¡Ladrón!

Unos aplauden y otros silban.

El *Bomba* acaba de poner no absolutamente bien una estocada. Su faz se torna pálida, pero... sonríe...

Y yo, entre el vocerío de multitud, sigo pensando que se engaña cada uno de estos rabiosos protestantes por la técnica imperfección de una estocada.

—¡Veniamos—dicen—para ver á un *matador* de toros!

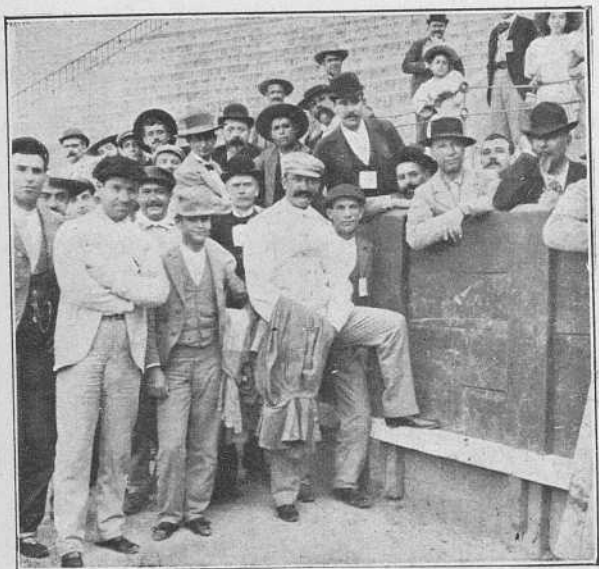
No es verdad. Para eso sería mejor irse á un matadero, donde nunca marra la puntilla.

Van, esos y todos, á ver el artístico y sereno juego de la vida con la muerte. Lo prueba el que no iría nadie si se embolasen los toros, suprimiéndole al torero los peligros, por más que, entonces, un experto espada pudiese los estoques en la cruz tumbando de cada vez á cada toro. Yo sería el primero que no volviese á las corridas.

Luego van, igual que yo, todos los que van, á admirar la belleza y la arrogancia, en pleno y miserable siglo xx, de unos hombres, de unos españoles que mantienen vivo el glorioso paganismo de la antigua Roma. Los toreros hablan de una fatal, de una feliz resurrección mundial del paganismo.

*
* *

No te admires, lector. Esto hay de formidable bajo cada una de las cosas



La primera vez que Bombita toreó en Madrid

En el centro, de izquierda á derecha: Valentin Martín, Bombita
y Mr. Valmy

que nuestros pobres tiempos tachan de idiotas y triviales. Por ejemplo, esa sonrisa del *Bomba*, esa sonrisa de un grande y heroico enamorado de la vida y de la muerte, y una sonrisa de mujer, que es sonrisa de enamorada de la Vida.

Si te fijas, advertirás con qué imbecilidad, en nuestra época, plutocráticamente caracterizada por el ansia de ganar dinero, sin que se sepa en suma para qué, y filosóficamente á la vez caracterizada por el afán de un absurdo y seudomístico desprecio á los grandes encantos de la vida, todas las grandes cosas perennes y sencillas, como el amor, la belleza y el valor están en baja.

Por eso voy yo y vas tú á los toros. Porque un instinto de sana y fuerte humanidad nos lleva á todos los grandiosos espectáculos á que llaman *bárbaros* los «cultos».

Sí, sí, así les llaman los cultos; es decir, las «gentes formales», las «gentes

intelectuales», que abominan de toda fiesta de sol y de mujer.

¡Pobres cultos!... Gracias á que, aquí en España, y no hace mucho, fracasaron en aquel su intento del *profesorado de energía*. Y para cuando hubiesen de lograrlo, tornando con menos unanimesmos al empeño, yo hubiera de pedirles que nos dejaran al *Bomba* como al más enérgico y eminente profesor.

Bomba, Machaquito, Manolete... ¡perfectamente!...

A ver, señores coroneles: los domingos llevád á vuestros soldados á la Plaza; y los lunes, después de haberles explicado en otros días la ordenanza y el fusil, recordadles la sonrisa del *Bomba* ante la muerte. Escuela de heroísmo, conveniente á los soldados. Fuese recordarles con frecuencia que si *eso* puede hacerlo un hombre por comer, ó por vivir, ó por escuchar unos aplausos, aún más puede hacerse por la patria y por la guerra... enseñas

y caminos de toda civilización mientras queden por la redondez del mundo tontos y salvajes que impidan la patria de la humanidad constituída en el desprecio hacia la muerte sobre todos los placeres nobles de la vida.

A ver, señores catedráticos: los domingos, en vez de dejar á los muchachos irse á la ruleta, llevadlos á la Plaza; y los lunes, si explicáis Urbanidad, Ética, Estética, Derecho Natural, Antropología ó Psicología, hacedles profundamente comprender cuán iguales son, en los toros y en las Cortes, los gritos de «¡Caballos! ¡Caballos!»... y—«¡Ministros! ¡Ministros!»—lanzados por la misma inconsciente é insensata galería; hacedles reparar en cuán suprema urbanidad muestra el torero que sonríe cuando se oye llamar *¡ladrón!* por el concurso, y en cómo de la crueldad misma de la injusta muchedumbre, en caso de desgracia, fórjase los nuevos ímpetus y arrestos que le tornan el aplauso.

¡Oh, sí, señores profesores de estética y de ética!... los conceptos de la belleza en la arrogancia, y del valor, no podríais encontrarlos mejor representados en cosa alguna de los libros como en esa lección de vida que luce la sonrisa del *Bomba* cuando juega con la muerte como una elástica esculturilla de marfil!

¡Oh, sí, señores profesores de energía... la noción del desdén hacia la muerte, de puro amar la vida con amores vigorosos (esa noción que es la clave del magno y único progreso, porque hace falta, lo primero, fundirle á la vida universal, que no es otra cosa que la muerte, la breve y bella vida de la tierra)... no la encontraréis mejor simbolizada que en la sonrisa del *Bomba*!

Y ve tú, lector, si este libro es ó no un tratado completo de trascendental sociología.

Si no, yo no hubiese accedido á ponerle el prólogo, porque aborrezco lo trivial.

Ahora, lee, diviértete leyendo y... aprende lo que puedas, sin que dudes que aprendes amenamente en la vida, que es el único eficaz modo de aprender.

FELIPE TRIGO.

INTRODUCCION



INTRODUCCION

El que suscribe, vecino de Madrid, con cédula y demás documentos demostrativos de su personalidad civil, tiene el alto honor de comunicar á los lectores que este libro ha sido compuesto por él. Me interesa mucho hacer esta afirmación que paso á analizar para luego irle sacando los corolarios axiomáticos que de ella se desprenden.

Ante todo he dicho que este libro está compuesto; componer, según la Academia—que alguna vez ha de ser útil—, significa «constituir un todo mediante la combinación y arreglo de sus partes»; es decir, que se ha prescindido aquí de toda pretensión retórica, de todo alarde literario, de toda filigrana en el estilo: que no se hizo otra cosa más

que ensamblar los materiales, reunir los elementos, ordenar, no con demasiada lógica ni con excesivo método, las distintas partes de este todo.

Luego he afirmado que estaba compuesto por mí, y aquí de Pero, el de las famosas verdades, tamañas y apretadas como puños: dicho se está que si lo he compuesto yo no lo ha compuesto Bombita: esto por su peso se mantiene. Y esto, que parece una afirmación ridícula, tiene su enjundia: Ricardo Torres, Bombita, matador de toros, tiene grande afán de que conste que él no ha escrito una sola página de la que á ésta siguen y yo me apresuro á complacerle. Es justa su actitud. En España, los artistas que un día tras otro dan la cara al público, los que reciben alternativamente el homenaje de su aplauso ó el castigo de su desdén ha hecho legendaria la costumbre de no comunicarse directamente con él, y unos y otros solamente se conocen á través del cristal artístico que los separa. Esto en parte es un bien, en parte es un mal, pero es y no hay que discutirlo. En los demás países, sobre todo en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, sucede lo contrario, y para no darle á estas líneas un matiz de erudición que no les va, sólo diremos que aún está fresca la tinta con

que se imprimieron las Memorias de Sara Bernhardt.

Cuando los editores de este libro pensaron en su publicación, yo di á Bombita el encargo de escribirlo; pero Bombita se negó terminantemente. Tenía razones que hube de respetar. Un torero no puede nunca responder del éxito de su labor, que depende de mil circunstancias aisladas y en combinación, y habría sido triste espectáculo que por satisfacer demandas de amistad, una tarde, ante una faena desafortunada, el pueblo soberano le echase en cara sus inclinaciones pendolísticas.

—Tal y como las cosas van—explicaba Ricardo Torres—el torero debe limitarse á torear, que es lo que el público le exige y á lo que él se compromete desde el momento en que sale anunciado en los carteles; á torear lo mejor que pueda, lo mejor que sepa, lo mejor que las circunstancias se lo permitan. Además, como ese es mi oficio, de eso es de lo único que pretendo saber algo, y tendría poca gracia que después de aplaudirme la gente por un buen pase de muleta me silbaran por un millón de disparates gramaticales.»

Así, pues, píos lectores, ya está dicho: las páginas que Bombita haya de llenar en la

historia del toreo contemporáneo las escribirá, las está escribiendo, mejor dicho, con los vuelillos del capote sobre la arena de las plazas, nunca con la pluma sobre el papel.

Pero, si bien es cierto lo que antecede, también es verdad lo que ahora sigue: el contenido de este libro no nació en ninguna fantasía más ó menos caldeada, es producto y trasunto fiel de la realidad. Cuando Bombita se negó á escribir, me concedió en cambio, con deferencia digna de gratitud, amplia autorización para publicar unas conferencias, conversaciones más bien, encaminadas á la formación de estos capítulos, y aprovechando la triste circunstancia de estar herido y por tanto sin torear, durante muchos días hemos platicado peripatéticamente, largamente, de toros, de toreros, de políticos, de públicos, de artistas y de otras curiosidades que el lector puede ver si á ello su interés le inclina.

En cuanto á mí, debo decir que rechazo toda responsabilidad crítica, pues buen cuidado tuve de no poner una sola apreciación, ni un solo juicio personal, á medida que iba ampliando las breves notas tomadas durante el diálogo. Cuanto aquí se escribe ha sido dicho, hecho ó visto por Bombita. La invención, tanto él como yo, aun estimándola

como virtud maravillosa, hemos querido dejarla para ocasiones más propicias.

Y á fe que me ha costado gran esfuerzo colocarme en esta actitud desapasionada y ecuánime, pues aficionado entusiasta del espectáculo más español, tengo todos los defectos de quien durante muchos años seguidos ha experimentado con frecuencia las emociones intensísimas que produce la lucha de los hombres con los toros, y entre esos defectos me reconozco uno para enorgullecerme con él: la pasión. Es mi carácter, mi personalidad, el motor de mi vida hacia un ideal, tan lejano que necesito de esa formidable fuerza expansiva para ir más de prisa y hacerme así, en algunos momentos de velocidad extraordinaria, la ilusión de que lograré alcanzarlo. Si cualquier terremoto, físico ó moral, destruyese en mí la pasión, me declararía inmediatamente hombre muerto, máquina vieja y fría, material humano de desecho, fantasma con facha de persona que ambula por la vida esperando su total aniquilamiento.

La pasión es mi orgullo porque me da fuerza, y violencia, y audacia, y amor y fe en lo días que aún no han amanecido y una loca alegría hecha de optimismo y de salud.

Soy, pues, amante de la fiesta de toros y

soy de los que, tiempo hace, tomaron partido por un diestro: leal confesión que hago para que nadie crea que trato de ocultar cosas que no me ruborizan.

Pero al tomar la pluma para hilvanar estas cuartillas, hice firme propósito de que la santa verdad no sufriera quebranto por mi culpa, y aunque están escritas, sencillamente, rápidamente, ligeramente, muchas veces hube de parar en la carrera y sujetar la mano que ya iba entrenada para el elogio ó para la censura.

Hombres de mi temple: considerad el sacrificio que representa la muerte de un adjetivo ya casi unido al sustantivo por la intensidad de la admiración, y el dolor de borrar un reproche que os dicta tercamente una profunda antipatía.

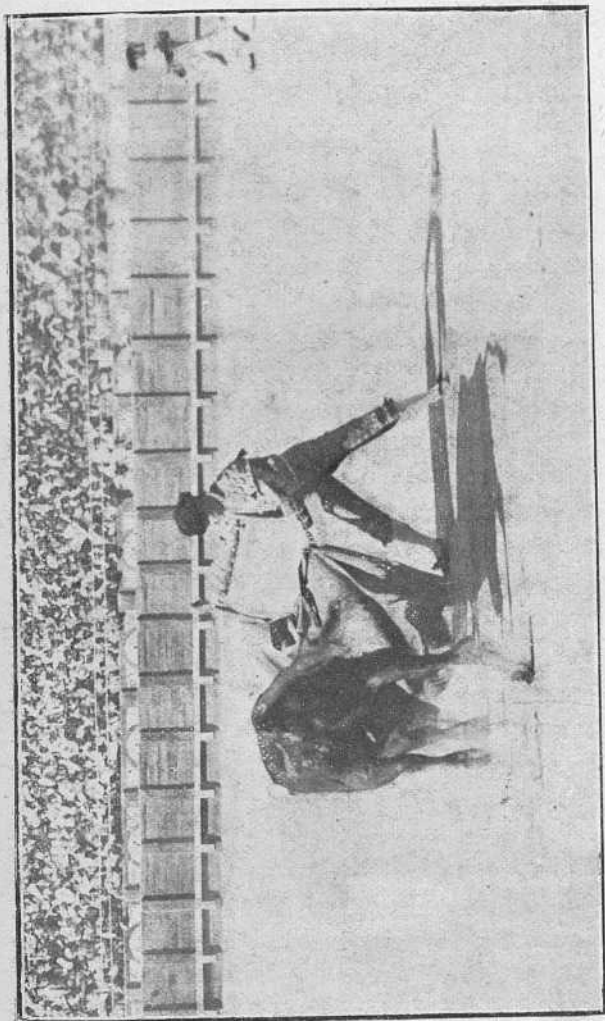
Y aquí quiero terminar, ese es el único mérito que reclamo para mí, el de haber domado, por una vez al menos, mi temperamento, para servir á la verdad.

Amicus Bombita sed magis amica veritas.

MIGUEL A. RÓDENAS

BIOGRAFIA

La casa y la familia.—Bombita, cajista de imprenta.—
La revelación.—El primer capotazo.—Las capeas.—La
becerrada del cocinero.—El primer traje de luces.—Las
novilladas.—En Madrid.—Emilio y su hermano.—La al-
ternativa.—El triunfo.—El toro «Catalán».—Los toros y
el dinero. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀



Una verónica de Bombita



BIOGRAFIA

Pues señor: había en Sevilla, barrio de Triana, una familia humilde, compuesta de matrimonio y cinco hijos, tres varones y dos hembras, que vivía del escaso producto que á costa de mucho trabajar sacaban de una pescadería. Con este negocio modestísimo, ayudado de otros ingresos aún menores, como la contrata del material necesario en el desolladero de la plaza de toros, la gente del señor Manuel Torres pasaba días difíciles, tanto que en algunas ocasiones habían de recurrir á la bolsa de los vecinos, que en horas de penuria les adelantaban lo necesario para satisfacer las urgencias de la cocina. Entre gente que vive al día se da con frecuencia este caso, y para nuestros héroes cierta tien-

da de comestibles establecida cerca de la pescadería, hacía el oficio de sucursal del Banco, donde el matrimonio Torres tenía abierto un crédito sobre la honorabilidad del cabeza de familia. Al llegar una buena mañana en que se agotaban las provisiones de la alacena y en que la bolsa tenía juntas sus telas, la madre mandaba un chico al almacén, y, sin más recibo ni factura que pedirlo, el pequeño volvía con la cantidad necesaria para salir del inmediato apuro.

Ya por entonces no quedaban en el hogar más que cuatro hijos; el mayor, Emilio, andaba por las plazas lidiando reses, en busca del dinero y de la fama que en su casa nunca hubiera encontrado. Las hembras ayudaban á la madre en el trajín doméstico y de los otros chicuelos el más chico, Manolo, cruzaba la primera infancia en los ocios adecuados á su edad y Ricardo asistía á la escuela para aprender algo de letra.

Esto sucedía en el año de 1890 de J. C., ó sea cuando Ricardo Torres contaba la respetable cantidad de diez años. Y tal manera de vivir duró bien poco, pues al cabo de lucir arrestos y gallardías, de derrochar valor, Emilio se hizo un puesto entre los buenos matadores de novillos, y á la pescadería fueron llegando recursos con que sufragar

la mayor parte de los gastos. Entonces salió de la escuela Ricardo, y visto su aprovechamiento y su afán de trabajar, ingresó de aprendiz en una imprenta con el propósito de ver si conseguía la más alta de sus ambiciones: ser cajista. Comenzó de cuartillero, llevando y trayendo el original desde la redacción á las cajas y haciendo cuantos recados se le ofrecían tanto al maestro como á su familia, incluso acompañar al colegio á los chicos. Pero tan pronto como regresaba de cualquier encargo, poníase á componer sin descanso, con tal disposición y tanta fuerza de voluntad que al poco tiempo *levantaba* trescientas líneas por jornada, algo más que los oficiales más adelantados. Por esta faena y por la otra de servir de mandadero, ganaba el rapaz un real de vellón que llevaba á su casa orgulloso de aumentar en algo lo que mandaba su hermano Emilio, que de semana en semana iba sacando lustre á su nombre y colocándose en primera fila entre los matadores de novillos de más cartel.

Por entonces, cuando le preguntaban si iba á ser torero como su hermano, siempre contestaba:

—No, señor; yo quiero estudiar, y si Emilio me costea una carrera, seré médico ó abogado. Torero no se le ocurrió nunca ser. No

tenía afición, ni le deslumbraba el triunfo, ni le atraía la profesión, y esto no quiere decir que no fueran de su gusto las corridas de toros. Por el contrario, aprovechando la circunstancia de ser su padre contratista del material necesario para el desolladero de la plaza, Ricardo, los días de corrida, cogía la romana y con ella al hombro entraba sin pagar y presenciaba la fiesta. Terminado el espectáculo, volvía á recoger los cabos de colgar y la romana y se volvía á su casa sin sentir el menor deseo de emular las hazañas de los diestros que acababa de ver. Admiraba la habilidad y el valor de los toreros, le seducía la luminosidad y el aspecto de la plaza, pero ni siquiera interés tenía por saber cómo deben ejecutarse las distintas suertes del toreo; era un pacífico espectador que ignoraba todos los secretos del arte y á quien no le preocupaba, ni mucho menos, el afán de desentrañarlos. Nadie que le hubiera hablado de toros por entonces podría adivinar en él á un futuro matador.

En este caso la afición en vez de ir desarrollándose lentamente como en la mayor parte de los individuos, surgió de improviso, con violencia inusitada.

Ricardo seguía acudiendo á la imprenta, y cada vez demostraba más apego á su ofi-



Bombita rematando artísticamente un quite de peligro

cio, hasta el punto de que los días festivos en lugar de dedicarlos á vacación como era lógico, acudía también al taller y allí se entretenía deshaciendo los *pasteles* (1) que quedaban de la semana. Año y medio próximamente transcurrió de esta manera, llegando el muchacho á desempeñar en el establecimiento el cargo importantísimo de corrector de pruebas, siempre con los mismos emolumentos, y así hubiera seguido por tiempo indefinido de no ocurrir el inexplicable fenómeno que vamos á relatar.

Cierta tarde, al salir el rapaz de la imprenta, se dirigía como de costumbre á su casa, cuando de repente, en medio de la calle, le acometió un verdadero ataque de enajenación; un calor extraño invadió todo su cuerpo, andaba sin darse cuenta de hacia dónde iba ni por qué sitio caminaba; pasaban las gentes por su lado y ni siquiera las veía: había perdido la facultad de recordar y no hubiera podido decir quién era si alguien llega a preguntárselo en aquella sazón. Estaba completamente obcecado y un solo pensamiento era para él la vida: quería ser torero, sería torero. Y esto se lo repetía al andar con tal insistencia, que hasta en voz

(1) A las págs inas ó columnas compuestas ó ajustadas se llama *pastel* en tipografía.

alta iba diciéndolo por la calle sin darse cuenta.

De este modo, bien extraño, se reveló en Ricardo, á un tiempo igual, la afición al arte que hoy cultiva y la decisión inquebrantable de dedicarse á él. Y aquí empezó la lucha más negra de que hay idea entre la voluntad que manda imperativamente y todos los elementos que se niegan á obedecer. Cuantos se han dedicado á esta profesión de lidiar reses bravas han hecho en ella sus primeros balbuceos después de haber adquirido, si quiera sea por instinto, alguna noción del procedimiento eficaz para hurtar el cuerpo á los derrotes de la bestia ; luego, en lances de escaso peligro, han ensayado sus aptitudes y, á fuerza de constancia, aumentando los riesgos en cada nuevo intento, han conseguido dominar los medios de defensa y adquirir la indispensable confianza en sus facultades para andar con tranquilidad entre los toros sin la zozobra propia de los profanos en la materia.

Pues bien: el día en que Ricardo Torres se decidió á ser torero no tenía la más liviana idea acerca de cómo se debe coger un capote de brega. Y, sin embargo, no se paró ante ningún obstáculo. Una mañana en el matadero vió una becerra que se encampa-

naba y embestía al menor movimiento de los gañanes, y entonces, el muchacho, aprovechando un descuido de los vigilantes, saltó al corral y citó á la res con un capotillo. Se arrancó la becerra, tendió la tela Ricardo tapándose los ojos con el brazo izquierdo y oyó el resoplido al pasar el peligro. En seguida sonaron varias voces: «¡El administrador!» y el miedo á la primera autoridad del matadero, más intenso que el respeto á la vaca, le hizo abandonar el lugar de su hazaña. El primer paso estaba dado.

Luego, burlando el celo de su madre, á quien, como es lógico, contrariaban en extremo las nuevas inclinaciones de su hijo Ricardo, se escapaba de su casa para acudir á las tientas y á las capeas con objeto de ejercitarse en los lances de la que más tarde había de ser su definitiva profesión. A veces los cerrados estaban lejos de Triana, muchos de ellos en pueblos apartados y era necesario ir en tren. Cuando el rapaz llegaba á la estación, su primer cuidado era esconderse, bien seguro de que habían de acudir en su busca. En efecto, á poco se presentaba la madre y preguntaba á los otros toreros en agraz que llevaban el mismo viaje que Ricardo: «Muchachos, habéis visto por aquí al hermano de *Bombita*?» Y ellos, na-

turalmente, contestaban negando; pero en esto asomaba el hermano de *Bombita* por entre dos vagones, corría la pobre mujer en su busca, tornaba á esconderse el mozo y así sucesivamente hasta que fatigada de perseguirle inútilmente, la madre se volvía desolada á Triana oyendo el silbido del tren que se llevaba á su hijo á buscar aventuras de arrojo y de sangre.

Cierta mañana, cuando Emilio Torres en el cerrado *El Copero*, ayudaba á la faena de la tienda, apareció Ricardo. A *Bombita* le hizo gracia la pretensión de torear que llevaba su hermano y le dió un paño de muleta para ver lo que hacía; lo cogió el pequeño loco de contento y hasta que se hizo noche estuvo toreado sin descansar vacas y becerros.

En lo sucesivo, convencido de que á Emilio lejos de parecerle mal le divertía verle entre los toros, Ricardo procuró ir allí donde su hermano toreaba. Para hacer los viajes se valía de un procedimiento ingenioso. Como su madre le negaba el dinero necesario para tales excursiones, acudía á la vecina tienda de comestibles y pedía de parte de sus padres la cantidad necesaria, diciendo que era para gastos de su casa. Cuando se enteró de este ardid la pobre ma-

dre, temerosa de que el muchacho se viera expuesto como sus compañeros á ser destrozado por un tren ó al menos á viajar en los topes, dió orden en la tienda de que nunca le negaran lo que pedía.

Ya, declarado protector de su hermano, Emilio se lo trajo á Madrid en uno de sus frecuentes viajes y entonces pisó el futuro matador de toros la arena de la plaza por primera vez. Fué en una becerrada en la que alternó con Mr. Valmy, maestro en arte culinario que hoy dedica todos los conocimientos de su profesión al servicio de la duquesa de Manzanedo. Según confesión propia, Ricardo Torres, que por entonces aún no usaba apodo ninguno, toreó bien de capa á su becerro y bastante aceptablemente de muleta, y una vez cuadrado le colocó media estocada bien puesta, pero como el becerrete no doblase tuvo que recurrir al descabello y allí perdió todas las ilusiones que se había forjado durante la lidia del animal. Un intento tras otro, tantos fueron y con tal saña y tan mala fortuna que nadie pudo nunca contar su número y ni uno de ellos alcanzó la eficacia suficiente para dar fin de la víctima. Comprendiendo Ricardo que si en corrida formal le hubiera sucedido cosa semejante se le habría ido el toro

vivo de entre las manos, se sentó en el estribo presa de tan gran desconsuelo, que Emilio tuvo que arrancarlo de aquel lugar y llevarle llorando á su casa. Entonces tenía trece años. A los catorce, olvidada aquella mala tarde, se dedicó de lleno al toreo y en unión de otro mozo de sus años y de su facha, formó la cuadrilla de *Niños Sevillanos*, capitaneada por Ricardo Torres, *Bombita chico*, y *Pulguita chico de Triana*, que debutaron en Jerez de los Caballeros con cuatro novillos. Era la primera vez que Ricardo vestía el traje de luces, y tuvieron tan buena suerte, tanto él como su compañero, que á consecuencia de esta corrida contrataron otras varias, algunas en plazas de importancia como Cartagena, Zaragoza y Valencia.

No duró mucho aquella cuadrilla, pues *Pulguita*, que era un buen torero, apenas pudo contar unas pesetas, sintió desmedida afición á divertirse y en cambio fué tomando cierta prudencia ante los toros.

Ricardo se decidió á torear solo. No pueden contarse de él fatigas ni escaseces, lances de miseria ni aventuras de dinero; que su hermano ganaba lo suficiente para redimirle de esos trances tan ásperos en que se ven con harta frecuencia todos los lidiadores en sus comienzos. Pero Emilio, que con

su dinero le ahorraba privaciones era, con su fama, causa inconsciente de daño más grave. Los públicos no veían, no querían ver, en *Bombita chico* al principiante con deseos de aprender, sereno y bravo ante su enemigo; querían ver al hermano de *Bombita*, hábil y sabio en todos los lances de la lidia, tranquilo y alegre ante el riesgo, fuerte y afortunado en el último trance de jugarse por derecho la vida con un toro. Desde que se abría de capa hasta que se perfilaba para herir, la gente establecía una comparación entre el maestro ya cuajado y el aprendiz indeciso, en la que siempre salían perdiendo, como es lógico, la ignorancia y los balbuceos de Ricardo. En cambio, para los novilleros que alternaban con él, siempre tenía el público un gesto de piedad que se traducía en muestras de benevolencia, y cualquier gallardía era premiada con aplauso, porque al fin y al cabo para los espectadores *Bombita chico* era un protegido de su hermano, impuesto por él á las Empresas, según opinión equivocada del vulgo, y los otros eran unos desdichados que para adquirir fama tenían que jugarse la piel todas las tardes.

Al recordar tamaña injusticia, ahora, en tiempos de prosperidad y de fortuna, Ricar-

do Torres declara que mil veces hubiera preferido el hambre y la fatiga de caminar como tantos otros á pie de pueblo en pueblo, que verse juzgado con tan poco cariño.

A los dos años de su presentación en Jerez de los Caballeros, se organizó en Madrid una corrida de novillos en la que *Bombita chico*, alternando con Juan Domínguez *Pulguita*, estoquearon seis reses de D. Tiburcio Arroyo.

El nuevo espada tuvo una gran tarde, su trabajo entusiasmó al público y las revistas taurinas advirtieron en el muchacho condiciones notables para llegar á ser tan buen lidiador como su hermano Emilio. El primer novillo que mató Ricardo en la corte de España, tamiz de estrechas mallas por donde ha de pasar la fama de los toreros que ya viene cocida de otras tierras, se llamaba *Espejito* y murió de una gran estocada. Emilio presenció las faenas desde un palco, y á la salida abrazó al pequeño: aquella prueba era definitiva, y de no haber salido de ella con bien, el diestro que alternaba con *Guerrita* y con *Reverte*, disputándoles tarde por tarde el aplauso público, no hubiera dejado que un hermano suyo manchase sus laureles con baldón de ineptitud ó de cobardía.

El público de Madrid, y como consecuen-



Bombita en Méjico

cia, el de toda España, se aficionó al nuevo torero; desde 1897 á 1899 predominó entre los matadores de novillos el nombre de *Bombita chico*, y las repetidas y serias cogidas que sufrió el diestro de Tomares, en el transcurso de esos años, sirvieron únicamente para aumentar notablemente su valor.

El día 30 de Abril de 1900, en la tercera corrida de abono, recibió la alternativa de manos de José García, *Algabeño*, matando toros de Otaolaurruchi.

Cojugaito se llamaba el primer toro que mató Ricardo Torres, y era de Anastasio Martín, por haberse inutilizado uno de los de Otaola. El neófito le toreó bien, pero estuvo muy desgraciado matando y lo mismo le ocurrió con el último animal de aquella tarde, oyendo repetidas y clamorosas muestras del público desagrado. Ricardo acababa de cumplir veintiún años, y era tan desmeдрado de aspecto y tan enjuto de carnes, que la gente, viéndole cerca al torear y decidido al herir, atribuyó su escaso acierto á carencia de fuerza física para resistir el empuje de los toros.

Sin embargo, de provincias llegaban con frecuencia noticias propagando grandes éxitos de *Bombita chico*, y la afición madrileña volvió á verle con curiosidad el 17 de

Junio, al anuncio de que torearía una corrida de D. Felipe de Pablo Romero.

Aquella tarde se mostró tan arrojado en su último toro que, á pesar de haberle dado cinco pinchazos, el público le tributó una gran ovación. Dos veces enganchó el bruto á Ricardo, y de las dos se levantó tranquilo para colocarse de nuevo ante el testuz.

Siguió trabajando con aplauso aquella temporada, y al finalizar el año 1900, el notable crítico taurino señor García Vao, resumía su labor con estas palabras:

«Ricardo Torres, *Bombita chico*, ha avanzado no poco, y en fuerza de empujar se ha abierto paso, y al terminar el año se marcha á descansar con un cartel muy aceptable.

»En las corridas que ha toreado en Madrid ha demostrado ser buen torero y una dosis muy grande de valentía. En Barcelona y Valencia ha ganado un cartel envidiable, siendo el preferido entre todos los toreros actuales.»

Bombita toreó en su primer año de matador de toros 39 corridas.

En 1901 se acrecentó la fama de Ricardo Torres, y llegó á ser uno de los toreros preferidos, por el público de Madrid especialmente, que admiraba en el joven diestro su extraordinario dominio de la muleta. En este

año fué cuando consolidó la reputación que venía haciéndose. El día de San Isidro, toreando una corrida de D. Vicente Martínez, su segundo toro llegó al último tercio de la lidia descompuesto y con mucho poder. El espanto se había apoderado del peonaje, y ya en banderillas, ni un solo capote le había llegado á la conveniente distancia para colocarlo en suerte; el animal, pegado á los tableros, desafiaba con las pezuñas clavadas en la arena, cernida la cabeza, flexible el cuello, ágil la mirada, avizorando por dónde podía llegarle su enemigo. El público, amigo en esta fiesta de la emoción honda y del peligro cierto donde se prueba el valor y la sabiduría de los lidiadores, aún tuvo cierto gesto de piedad al ver la figura enjuta de *Bombita* dirigirse al pavoroso animal, muleta en mano, mientras el aire le levantaba el flequillo como un penacho. Después de ahormar la cabeza del bruto con eficaces muletazos, en la primera igualada se perfiló el mozo y avanzó á matar derecho hacia el morrillo. Su enemigo esperó el encuentro, y, en el momento en que le tuvo al alcance de las astas, le tiró un hachazo formidable; quedó prendido el diestro, que zarrandeó su cuerpo como un monigote de trapo; de un pitón al otro lo pasó el toro repe-

tidas veces, y al cabo de minuto y medio que duró el trance, sin que nadie pudiera distraer al animal de su saña, arrojó el cuerpo sobre la tierra. El público, en pie, clamaba presa del horror que le causara el espectáculo: la opinión unánime era que aquel hombre estaba herido de muerte, deshecho...

Bombita se levantó, saltó precipitadamente la barrera, y calzándose el pantalón de un arenero, en vista de que el suyo, de seda y oro, estaba destrozado, acudió á perfilarse ante la res, y volviendo al ataque con más coraje que la vez primera, lo tumbó de una estocada perfecta.

Cuentan los viejos aficionados, aquellos que en sus años mozos admiraron la elegancia de Cayetano Sanz y la bravura del señor Manuel Domínguez (*Desperdicios*), los mismos que luego, caldeados los ánimos por la pasión de una competencia, tomaron partido por Rafael ó Salvador, que aquel día fué uno de los muy contados que ellos vieron á un matador de toros dar tres vueltas al ruedo devolviendo prendas de vestir, cosechando tabaco y agradeciendo aplausos.

Aquí se marca el momento culminante de la vida torera de Ricardo Torres, *Bombita*; de aquí en adelante, no sólo le consideró el público como diestro de primera categoría,

sino que el propio interesado creyó llegada la hora de hacerse pagar y contratar como tal.

En el otoño de 1902 sufrió el diestro sevillano su fracaso más sonado, del que guardará memoria mientras viva, pues en sus días de mayor triunfo ha de surgir ante sus ojos la visión de aquella tarde en que se eclipsó momentáneamente la buena estrella de su arte y de su habilidad.

Lidiabase el 5 de Octubre ganado de Miura y saltó á la arena el toro *Catalán*, un animal grande, fino, de pelo corto, lustroso y sedeo, la pezuña breve, la mirada de sus ojazos profunda y metálica, la loma del morrillo muy pronunciada, la cabeza ágil y las astas buídas como puñales: una estampa de toro andaluz de pura sangre, honor de la raza vazqueña, seco en la acometida, bravo en la pelea, duro al castigo, fino y nervioso, y ágil como no se vió ninguno en la plaza de Madrid desde muchos años á tal fecha. En tercios del 3 le citaron muchas veces los picadores, y al verlos se arrancaba como el rayo desde los medios y acometía veloz á la cabalgadura. Luego, en banderillas, conservó su acometividad, pero siempre con esa nobleza que da su mayor encanto á estas fiestas de toros cuando las reses desconocen la traición. La faena de Ri-

cardo con la muleta y el estoque no fué digna de *Catalán*. Y, después de rendir al pujante animal el homenaje de aplaudir un cadáver que dió una vuelta completa al circo, el público en masa demostró á *Bombita* la intensidad de su disgusto por tan desafortunada labor.

Hoy, cuando se habla delante de *Bombita* del toro *Catalán*, el diestro frunce la cara con gesto de profundo pesar, y con acento sincero dice: «Yo no sé si desearía ó no que resucitase aquel toro... Estoy seguro de que si me volviera á encontrar frente á él me costaba la vida... ¡Si con el daño que me ha hecho me viera frente á él...!»

Alejado de Madrid en los comienzos de la temporada de 1903, por diferencias de criterio en la redacción del contrato con la Empresa, *Bombita* siguió toreando, y obtuvo uno de sus más legítimos triunfos lidiando Miuras en la feria de Sevilla, y tan sonado fué, que don Pedro Niembro corrió en su busca y allanó todas las dificultades que hasta entonces existían, logrando presentarle de nuevo en la capital de España el día 2 de Mayo, en una corrida en la que Ricardo alcanzó justa fama de inteligente y hábil en el arte difícil de lidiar toros cobardes y marrajos.

En este año se inauguró una era de esplendor para la fiesta de toros; á competir con *Bombita* salió el formidable matador cordobés Rafael González, *Machaquito*, y se reverdecieron aquellas disputas de los aficionados de antaño, que ponían todo su amor propio en la punta del estoque de *Frascuelo*, ó en los pliegues de la mágica muleta de *Lagartijo*.

En 1904, toreó 193 toros en 63 corridas. En 1905, ya era considerado como el primer torero contemporáneo; en aquel invierno hizo su primer viaje á Méjico, adquiriendo allí gran prestigio, y no pudo terminar la temporada, porque un toro de la ganadería de Piedras Negras le hiirió gravísimamente en el pecho la tarde del 14 de Enero de 1906. De entonces acá ha seguido trabajando incansablemente, contratando todas las temporadas de 60 á 80 corridas, sin contar las de América. En tan azarosa y varia vida como es esta de lidiador de toros, claro que *Bombita* ha tenido alternativas de fortuna, pero en conjunto, del éxito medio de su labor, puede juzgarse por el siguiente estado de los emolumentos que ha percibido por su trabajo desde que se colocó entre los novilleros de algún cartel, teniendo en cuenta que ningún año ha visto rebajado

el número de corridas firmadas en comparación con el anterior.

El último año de novillero.....	1.000	ptas.
El primero de matador de toros	2.000	»
En 1901.....	2.500	»
1902-03	3.000	»
1904.....	5.000	»
1905.....	6.000	»
1906-07.....	6.250	»
1908	6.500	»

De seis mil quinientas pesetas no ha pasado nunca, y es opinión suya, repetidas veces expuesta, que medidas las facultades que hoy posee, y puestas en relación con el peligro y con el trabajo, su tarea en corridas donde haya de matar dos toros, no vale más dinero. La corrida que más le ha valido desde que ciñó por primera vez el traje de luces, en España, fué una celebrada en Barcelona, en la cual mató él solo seis toros de Muruve, percibiendo diez mil pesetas por su trabajo.

Ya en 1908, de vuelta de su segunda excursión á Méjico, Ricardo Torres poseía considerable fortuna ; pero á pesar de eso, considerando que lo primero que necesita un hombre para dedicarse á tan comprometido oficio, es afición, ni un solo momento ha pensado en retirarse.

LAS COGIDAS

De novillero.—De matador de toros.—Precauciones higiénicas.—El porqué de las cogidas.—Los toros y el circo.—Una grave cogida alternando con Emilio.—Los tres «Bombitas».—Ricardo Torres, paciente y médico.—La cogida de Méjico.—Número de cicatrices.—Palabras de Bombita. ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁



LAS COGIDAS

Pocos toreros han sufrido tantas heridas de los toros como este de Tomares. De los actuales ninguno, y justo es reconocer que á un lidiador que cuenta treinta y tres cicatrices en su cuerpo y que sigue cerca de los toros, no se le puede discutir el valor.

Efectivamente, hasta que la adversidad no nos hace sus víctimas, nadie puede juzgar de su presencia de ánimo y fortaleza de espíritu. El caso de *Bombita* es único en la historia de su profesión. Cuantos se dedican á este peligroso arte, dejan enfriar sus bríos á medida que van apareciendo en sus carnes las huellas blancas de las cicatrices. No puede decirse lo mismo de Ricardo.

Para el matador sevillano empezaron pron-

to los percances de sangre; en una de las capeas á que asistía como aficionado, recibió varios revolcones serios. En el encerradero de Benjumea, antes de vestirse por primera vez el traje de luces, una vaca le infirió una herida de siete centímetros en el muslo izquierdo.

Ya de matador de novillos, fué herido por primera vez en Jerez por un toro de Ibarra, que al entrar á matar le cogió zarandeándole horriblemente y recogéndolo seis veces; una vez en la enfermería, se le apreciaron cinco cornadas en el vientre, una de las cuales le perforaba los intestinos y tenía carácter gravísimo.

La familia de Ricardo, después de esta cogida, se negó á que siguiera toreando; el mismo Emilio, profundamente impresionado por esta primera desgracia de su hermano, le retiró todo su apoyo para que siguiera en el arriesgado ejercicio de su profesión, brindándose, en cambio, generosamente, para costearle una carrera.

Ricardo, sin embargo, no aceptó esta proposición, pues su ánimo se hallaba perfectamente templado para continuar bregando con los toros, y, aún convaleciente, se escapó de su casa dispuesto á cumplir los contratos que tenía firmados. Al poco tiempo, y con el

asentimiento de su familia, toreó en Lisboa, donde un toro de Infante le produjo la fractura del húmero izquierdo.

El día de su presentación en Sevilla, fué también cogido por un toro de Clemente, que le infirió dos heridas graves, una en el muslo y otra en el cuello.

Durante su primer año de matador de novillos, tuvo cinco percances de esta índole, y Ricardo juzga, que á seguir toreando cerca, á pesar de la fatalidad que le perseguía, debió el crédito que fué adquiriendo su nombre en los carteles. Tal era la constancia de su mala estrella por entonces, que cuando se disponía á salir para torear una corrida, sus amigos, al despedirle, en vez de « ¡ Buena suerte ! », le decían : « ¡ Que no sea mucho ! »

El segundo año, un toro de Otaolaurruchi, en Valencia, le dió una cornada en el muslo derecho, y poco después, en Madrid, una res de Adalid le produjo una herida en la tetilla izquierda, que penetró hasta un centímetro de distancia del corazón, siendo milagroso que Ricardo no quedara instantáneamente muerto. Al reconocerle el médico la lesión dijo : — A este muchacho le ha tocado esta tarde el premio gordo de la lotería.

Rara era la tarde que Ricardo no resultaba volteado, y en unas cuantas corridas, muy

pocas, no tuvieron más consecuencias las cogidas que la paliza consiguiente. Pero cuando las astas de los toros no penetraban en sus carnes, su mala suerte le hacía caer herido por otras causas. Así, en Madrid, se clavó una astilla en un brazo, infectándose la herida al punto de tener casi decidido los médicos, como único remedio, la amputación de dicha extremidad. A raíz de esto, en Dax, se produjo otra herida en un pie, con una puya que había en el suelo, y en Castellón se dió un golpe en la espinilla izquierda, que le hizo esquirras en la tibia y le tuvo mucho tiempo sin torear; en Almen-dralejo recibió un pisotón de un toro en la ingle, que también le retuvo en cama varios días, víctima de agudos dolores.

La última cogida de novillero la sufrió en Madrid: un toro de D. Esteban Hernández, al entrar á matar *Bombita*, junto á las puertas del chiquero, le infirió una extensa herida en el muslo izquierdo.

Durante su época de matador de novillos, Ricardo llegó á ser cogido hasta cuarenta y cinco veces, ocasionándole heridas diez y ocho de estos percances.

No mejoró mucho su suerte al pasar de novillero al grado de doctor en ciencias taurinas. Parecía natural que los alardes de cora-

je, necesarios en los primeros años, y que tantas veces le llevaron á la enfermería, se calmasen cuando, ya matador de alternativa, no tenía para qué exponer su vida todas las tardes. Y no era la ignorancia lo que prendía su cuerpo de las cabezas de los toros, por el contrario, Ricardo adquirió desde sus primeros tiempos entre el público, prestigio de torero sabio, inteligente y conocedor de los secretos del arte.

Tampoco pueden atribuirse sus repetidos percances á la falta de facultades, ni á escasos medios de defensa. Del rapacillo desmedrado y de aspecto enfermizo que era en sus comienzos de vida taurina, ya no quedaba nada. Sus piernas fuertes le permitían esquivar los encuentros con un solo salto; su resistencia pulmonar no tenía límites, y sin ningún cansancio bregaba y bullía durante toda la corrida. A tal extremo llega esa seguridad en sus facultades, que el propio *Bombita*, cuando le hablan de retirarse, exclama invariablemente:

—Mientras yo pueda salir por las afueras en los quites; mientras pueda quedarme ante la cara de los toros en las faenas de muleta, citando á los pases con la pierna contraria entre los pitones; mientras yo me encuentre firme y seguro de mí mismo físicamente, no

habrá quien logre que me retire de los toros. Lo que no haré nunca, aunque me muriese de hambre, sería salir á torear desconfiado, con la aprensión de que si un toro se me arrancaba bronco, no podría esquivar la acometida por falta de facultades. Eso sería un verdadero suicidio, y creo que todo lo que tiene de noble una lucha de poder á poder, tiene de horrible la pelea de un hombre débil contra una fiera.

Sus facultades de lidiador, en efecto, son extraordinarias y las cuida con verdadero mimo. Nunca, ni aun en los primeros años, dedicados al aprendizaje, cometió excesos que le pudieran perjudicar. Sabía de sobra Ricardo que no tenía resistencia atlética ni mucho menos, y en lugar de gastar insensatamente las energías que la Naturaleza le había concedido en parva medida, se dedicaba á renovarlas, aumentándolas por cuantos medios estaban á su alcance, con una vida higiénica en todo tiempo. No pasa día sin tomar una ducha matinal y sin hacer luego un buen rato de gimnasia. Da un paseo cotidiano de dos ó tres horas, á buen paso, y, á ser posible, en pleno campo. El alba le ha visto muchas veces en pie, y cuando en la ciudad, en plena fiesta, mira el reloj y ve que las manecillas marcan una ó dos horas pasa-

da media noche, el matador, sin atender á ruegos de amigos ni á seducciones de la zambra, se retira á descansar.

Los inviernos que no sale de España para continuar bregando en las plazas de América, los dedica á la conservación y temple de sus músculos en el ejercicio de la caza, de la que es grande amigo. Y muchas veces, después de una jornada dura, cuando sus compañeros, rendidos por la fatiga, toman cabalgaduras para llegar á la cortijada ó volver al poblado, el diestro prefiere seguir andando, sin llegar nunca á fatigarse, pues no extrema con jactancia, que podría serle perjudicial, sus afanes higiénicos.

Por nada ni por nadie altera su disciplinado régimen alimenticio; por nada ni por nadie alarga ni mengua las horas dedicadas al sueño; no encuentra nunca motivo con fuerza suficiente para hacer cosa que él juzgue encaminada á mermarle algo de sus energías.

Así, con este supremo esfuerzo, con tan alto ejemplo de firme voluntad, ha conseguido torear en una temporada 63 corridas, que suponen un consumo extraordinario de fuerza, no sólo por lo que representa el trabajo durante la corrida, sino porque en la mayoría de las ocasiones unas corridas se suce-

den á otras, tan seguidamente, que casos hubo en que se vió precisado á meterse en el tren vestido con la ropa de luces.

Preguntado *Bombita* á qué causa podía él atribuir la frecuencia con que le lastimaban los toros, y cómo á la generalidad de sus compañeros no les alcanzaba la misma desgracia con igual rigor, se explicó así:

—Yo no lo entiendo más que de una manera. Todos los días, cuando salgo á torear, llevo imaginada la práctica de una suerte que yo encuentro difícil ó que aún no me ha sido posible, por cualquier circunstancia, realizar nunca. La afición me lleva á ejercitar lo que tengo pensado en cuanto creo ver que un toro reúne las condiciones que juzgo indispensables. Luego, cuando me parece que se han unido todos los elementos necesarios, cuando ya he estudiado bien la pelea del toro que se está lidiando y me dispongo á conseguir lo que persigo, sucede que un capotazo inoportuno, una voz que suena en un tendido y avisa á la bestia, un torero que se mueve en mal sitio y la distrae, cualquiera insignificancia hacen que el toro se arranque descompuesto, de diferente modo á como hasta entonces lo había hecho, y yo, que le espero confiado en saber por qué lado adelanta, me encuentro con lo contrario, y

cuando voy á darme cuenta ya estoy prendido. Si á esta fiesta se le quitara la alegría del pueblo y el entusiasmo, y la broma, y el vocerío ; si se privase al público de exteriorizar su agrado ó su enojo, de manifestar su entusiasmo, si se le impidiese manifestar su emoción por medio de ese grito de alarma tan característico en los momentos de verdadero peligro ; si en vez de dar libertad todo el que presencia la corrida á su instinto piadoso ó cruel, según los momentos, se obligase á los espectadores á guardar un relativo silencio, yo estoy seguro de que se les daba á las corridas de toros un golpe de muerte, acaso el definitivo, pero redundaría en beneficio de la lidia en cuanto á su esencia se refiere. No hay más que ir á una función de circo para convencerse de que es verdad lo que afirmo. Allí cuando algún artista va á ejecutar un ejercicio arriesgado manda callar á la orquesta, y en aquel momento, el público, penetrado de la solemnidad, contiene la respiración: una mosca que vuela puede oirse. Y esto cuando el feliz resultado de la prueba depende tan sólo de la seguridad del artista que como ser humano puede refrenar su atención con relativa facilidad, conque en lidia de reses donde además del torero se distrae la fijeza del toro, fácil es

calcular que ese silencio sería doblemente útil. Y creo yo que el riesgo no es menor nunca en la plaza que en el circo. Pero repito que si alguna vez se tratase de suprimir esa algarabía tan pintoresca, esa animación típica de las corridas, yo sería el primero en oponerme con toda decisión. Por otra parte, yo reconozco que toreando me confío demasiado, y es que lo veo tan claro, me encuentro tan seguro, que muchas veces, olvidado del terreno que piso, me meto en el del toro y en cualquier romaneo estoy cogido.

»Ahora, que de mi suerte en esto de las heridas no hablemos. Yo he toreado muchas veces con... *Machaquito*, por ejemplo: le he visto volteado, campaneado horribilmente y luego levantarse sin una contusión, sin el más insignificante rasguño, y á mí, cuando un toro me tropieza, ya es sabido, aunque sea de refilón, aunque no me derribe, el cuerno penetra en mi carne como si fuera una navaja.

»Por lo demás, hay que desengañarse; eso de las cornadas las dan los toros á quien se les acerca, aunque para evitarlo se toree con todas las ventajas imaginables. El que se arrima un día y otro día, y hoy y mañana y siempre, no se va de vacío. Luego puede venir la suerte de las criaturas, y lo que para



Bombita en París

unos no pasa de revolcones y puntazos sin importancia, para otros son cornadas que le quitan la figura...

La primera cogida, siendo matador de toros, se la causó en Madrid una res de Pérez de la Concha que salió rebotada de un quite y Ricardo fué atropellado cuando intentaba sujetar al buey en su huída, sufriendo un tremendo pisotón en los riñones que le dejó sin torear durante largo tiempo.

Poco después de repuesto de aquella lesión se celebraban en Madrid las corridas regias de la coronación; una de ellas se repitió para que el público de pago pudiese ver á los mismos diestros que alternaron en la de convite. A Ricardo le tocó en suerte un toro de Carriquiri que llegó cernido y descompuesto al último tercio, defendiéndose en tablas y sin arrancarse más que para hacer carne.

Aquella tarde toreaba también Emilio Torres, el *Bombita* fundador de la dinastía, el cual, comprendiendo las dificultades del animal y en vista de que no podía auxiliar á Ricardo por no ser su turno, seguía la faena entre barreras, avisando al toro con el capote cada vez que intentaba arrancarse sobre el matador sin atender al engaño de la muleta.

El público, ávido de emociones, protestó de la ayuda que Emilio daba desde la barrera; Ricardo se distrajo un momento para decir á su hermano que se retirase, con objeto de evitar protestas, y en aquel mismo instante se arrancó el Carriquiri, tiró una cornada alta y enganchó á Ricardo por el cuello, zarandeándole y arrojándole al suelo.

Como por encanto surgió Emilio en la arena y se agarró á los cuernos del toro en lucha desesperada, acudieron los peones y cuando se levantó *Bombita* arrojaba un chorro de sangre por el cuello.

El espanto del público, que se consideraba cómplice de aquella desgracia, fué inmenso. Los mozos del servicio llevaron al herido á la enfermería y en la puerta cayó desplomado Emilio, víctima de un colapso cardíaco que le puso en tan grave estado como el de su hermano.

Larga fué la curación de tan gravísima herida y puede decirse que entonces nació en Emilio la idea de retirarse de los toros, negándose desde luego á firmar contratos para torear con Ricardo, por lo que ambos sufrían cuando trabajaban juntos.

—Nunca me ha gustado—dice *Bombita*—torear con mis hermanos, por razones de

muy distinta índole. En primer lugar, la tensión nerviosa natural durante la lidia y producida por el afán de complacer al público al mismo tiempo que se trata de torear eficazmente, se redobla porque no sólo existe el peligro mío, sino también el del otro. Y conste que cuando se trata de meter un capote para alivio de un momento comprometido, igual me da un compañero que otro; pero el dolor que me produce ver herido á uno de los míos, lógicamente es mucho más intenso que en cualquier otro caso. Esto sin contar con que ese mismo afán de evitarle todo percance á mis hermanos me priva de la suficiente serenidad para darle eficacia al auxilio.

En segundo lugar no me agrada, ni mucho menos, que, aun siendo hijos de mis padres, queden más lucidos que yo, y como me disgusta profundamente cuando no tienen la suerte de cara, resulta que no salgo contento casi nunca de la plaza cuando alterno con ellos.

Volviendo á las cogidas, añadiremos que en Madrid sufrió *Bombita* un nuevo percance que le causó un toro de D. Vicente Martínez, el cual le alcanzó seis veces, aunque, por fortuna, rara en el diestro, de todas ellas salió con la piel intacta.

Poco después, una res de D. Felipe de Pablo Romero, también en Madrid, le volteó cinco veces sin consecuencias dolorosas. Otra de D. Esteban Hernández, en San Sebastián, le hirió en el sobaco, haciéndole perder buen número de corridas.

En la corrida de la Prensa celebrada aquel mismo año, un toro de Benjumea, al entrar á matar le dió tal cornada en el pecho, sobre la tetilla izquierda, que el pitón penetra en la pleura, poniendo en trance grave al matador. Esta herida es una de las que más han alarmado á *Bombita*, pues declarada la pleuresía, el torero se sentía morir de asfixia. No se le pudo trasladar á su casa y permaneció muchas horas en la enfermería, rodeado de su cuadrilla y asistido por los amigos, que temían, con razón, por la vida del torero. Una vez restablecido, tras larga y difícil curación, aún le quedaba á Ricardo el miedo á que el percance tuviera como consecuencia una afección pulmonar, aprensión que le llevó á varios sanatorios y entre ellos al de Panticosa.

Por fortuna, no ocurrió nada de esto. El paciente fué poco á poco olvidando toda clase de temores y volvió á la vida ordinaria, no sin antes probar la resistencia de sus pulmones con duros ejercicios corporales y

con excesos gimnásticos. *Bombita* recuperó de nuevo la confianza en sí mismo y volvió á las lizas taurinas.

Una nueva desgracia le ocurrió en Alicante, donde se cortó con un estoque, herida al parecer insignificante, pero que le hizo perder muchas corridas, y á poco, en Madrid, al torear de muleta un toro de Saltillo, recibió una cornada en un sobaco. Tan seco fué el golpe, tan rápido el hachazo, que el público no se enteró de lo que había sucedido. Citó el espada á un pase por alto con la izquierda, arrancó el toro y al cargar la suerte, en el mismo centro, tiró el animal el derrote y continuó su carrera. El diestro recibió la herida y permaneció en pie; nadie podía sospechar que estaba herido; siguió la faena y de improviso cayó al suelo la muleta. Un banderillero de su cuadrilla le obligó á meterse entre barreras mientras el público, juzgando cobardía aquella retirada, protestaba con manifiesta indignación; pero varió de actitud cuando, al levantar *Bombita* el brazo para que le reconocieran, pudo ver toda la chaquetilla teñida en sangre.

Esta herida costó á *Bombita* meses de curación. El cuerno había hecho un doble trayecto entre las carnes, y en la primera cura pasó inadvertido uno de ellos; se le infi-

cionó el brazo y hubo necesidad de abrirle la herida nuevamente. Esto ocurrió en el otoño de 1906. Al comenzar la siguiente temporada, Ricardo, en su afán de adiestrarse antes de la lucha, acudió al tentadero de su gran amigo D. José Becerra, y al intentar un lance con una vaca, ésta le empuntó, infiriéndole una herida en el escroto. La gravedad de este percance no estaba realmente en la lesión, sino en las circunstancias, pues en aquellos momentos no sólo se carecía de facultativo, sino hasta de los elementos más esenciales para practicar una cura de urgencia. Allí no había sondas, tijeras de cirugía, algodón, hilas ni vendas; la hemorragia era abundante y el dolor intenso; era preciso, al menos desinfectar la herida y ponerla en condiciones de que el paciente pudiera trasladarse á Madrid. *Bombita* mismo procedió á curarse, con el dedo se sondó, con agua boricada, único desinfectante que pudo encontrarse á mano, se lavó la lesión; entre los labios de la desgarradura se colocó un trapo empapado en el antiséptico y con su misma camisa, hecha tiras, procedió á vendarse. Al reconocerle el doctor Bravo al día siguiente, le prodigó grandes elogios por su destreza médica. Así y todo este incidente le hizo empezar aquel año sus faenas bastante más

tarde de lo que hubiera sido su deseo.

Siempre se había resistido *Bombita* á aceptar contratas durante el invierno en América, pero al fin le hicieron tan ventajosas proposiciones, que hubo de ceder.

Y fué en Méjico donde sufrió la más grave de todas sus cogidas. Ricardo, desde sus primeros años de torero, venía realizando con absoluto dominio la suerte de cambiar de rodillas, desterrada de la fiesta desde que el *Gallo* dejó de practicarla. Gustaba el torero de dar el cambio, cuando salía un toro en condiciones, á raíz de haberse lucido en el anterior y para renovar los aplausos. Lo mismo hizo en Méjico, pero el animal se le arrancó huído, sin fijarse en el vuelo del capote que le marcaba la salida, y con todo su poder, pues aún no se le había administrado un solo capotazo, atropelló á *Bombita*, fracturándole tres costillas del pecho.

En tierra extraña y lejana, sin más compañía que la de un leal amigo, que le asistió con solicitud nunca bien elogiada, luchó Ricardo Torres con la muerte durante un mes, creyendo inmediato su fin. Para comprender lo serio del percance, bastará consignar aquí que el médico encargado de practicarle la primera cura recomendó á los camilleros repetidas veces la conveniencia de

observar frecuentemente al herido en el trayecto de la plaza á la fonda, pues acaso en ese tiempo sobreviniera el fatal término que todos temían. La juventud del diestro triunfó al fin y como detalle digno de anotarse, por lo bien que retrata la psicología de *Bombita*, apuntaremos que la primera vez que volvió á torear en Méjico, recién restablecido, dió tres cambios de rodillas al primer toro que pisó la arena, escuchando una de las ovaciones más grandes que puede oír un artista.

Volvió á España y nuevamente fué cogido en Málaga por un miura que le hirió en el brazo derecho; en Valencia, por un toro de Campos Varela, que le hirió en la muñeca; en la tienda de Benjumea, por una vaca que le hirió, produciéndole una punta de hernia que asustó mucho á Ricardo por la merma de facultades que aquello suponía, de no haberse remediado con premura.

En una de las primeras corridas que toreó en 1909, en Algeciras, al lancear un toro le descubrió el viento y la res se entró bajo el capote, dándole una cornada en la cadera izquierda que le inutilizó para ejercer su profesión durante dos meses.

También últimamente, en la segunda corrida en que trabajó la temporada de 1910,

alternando con *Gallito* en Valencia, el quinto toro de la tarde, último que le correspondía estoquear, le alcanzó y volteó aparatosamente, produciéndole un puntazo en un muslo, y luxación del hombro izquierdo.

Como no se trata aquí de una estadística, no hemos cuidado de puntualizar cronológicamente todas las heridas que recibió el diestro sevillano en el ejercicio de su profesión. Baste, como resumen, consignar que en la actualidad tiene la piel cosida en 34 cicatrices.

—Los toros me cogen—dice *Bombita*—porque no se trata de matemáticas, y en cuestión de toros, una y una no son dos, que á veces son diez. Por eso, cuando mejor cree uno conocer las condiciones de un toro, cuando más seguro está de haberle dominado, una distracción, un segundo de retraso en cualquier movimiento, el más insignificante extraño del toro influye en sus condiciones de lidia. ¡Pues si los toros no variasen á cada momento, á qué torero enterado de su oficio cogerían! Pero en esa variación, en lo imprevisto, hasta en la mayor ó menor dureza del suelo, están las cogidas.

Aparte de esta insignificancia, lo demás de la profesión es un encanto.

OPINIONES

La política.—Pintura.—Sorolla y Bilbao.—Literatura.—
Blasco Ibáñez y Alarcón.—Julio Verne.—Música.—Tea-
tro.—Actores.—Actrices y típles.—A la memoria de
Villaverde. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀



OPINIONES

Lueve, llueve con una persistencia desoladora; las calles enfangadas no convidan á pasear, y *Bombita*, convaleciendo aún de una luxación del brazo izquierdo, que le produjera un toro en Valencia, tiene que privarse del paseo matinal que da todos los días para ejercitar los músculos. Desde el gimnasio, en un coche, tenemos que trasladarnos al frontón, donde jugando á la pelota, procura el diestro desquitarse de la quietud á que le obligan las inclemencias del tiempo. Allí, al frontón, lleva *Bojilla*, su mozo de espadas, los trebejos de torear y Ricardo ensaya en la cancha las suertes de la lidia para calcular en qué medida mejora su lesión de un día para otro.

En la clínica, en el gimnasio, en el coche,

mientras descansa después de un reñido tanto de pelota, al par que finge perfilarse con la atmósfera para entrar á matar, charlamos de todos los puntos que pueden ser útiles á la confección de estas páginas.

Esta vez le ha tocado el turno á las opiniones políticas y artísticas. En el primer punto es difícilísimo sacarle una sola palabra del cuerpo. Al preguntarle si es monárquico, republicano, socialista, ácrata, liberal ó reaccionario, no acierta á responder, frunce la cara con sincero gesto de indiferencia y termina afirmando que como para el ejercicio de su profesión no es, no ya necesario, sino tampoco conveniente la determinación de ideales políticos, nunca ha pensado sobre la materia, ni siquiera pararse á analizar sus inclinaciones para deducir hacia qué partido se dirigían. «Políticamente —dice *Bombita*—no sé lo que soy, pues empezando por no saber la diferencia detallada de unos partidos y de otros y acabando por no haberme preocupado nunca en averiguarlo, si hoy me viera en la necesidad imprescindible de optar por un régimen ú otro, me hallaría en serio compromiso, tan difícil de resolver que puede que lo echase á suertes.»

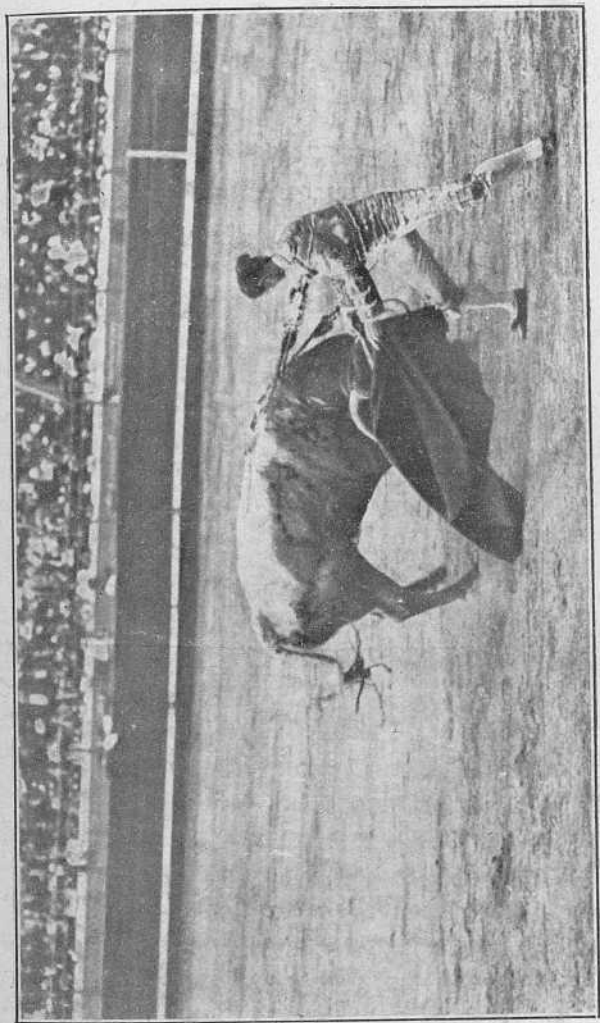
Socialmente, Ricardo Torres es partidario

de los gobiernos capaces de mantener el orden á todo trance, sin preocuparse de su matiz político ni del régimen que impere. El orden—según *Bombita*—que garantice la seguridad personal de los ciudadanos y les permita dedicarse con toda independencia á su trabajo, individual ó colectivo, y á disfrutar de la paz y de los beneficios que su mismo trabajo les reporte, es el ideal. Mientras rueda el *simón*, camino de Jai-Alai, por el asfalto de Recoletos, charlamos de estas cosas, y el matador dice: «Es triste cosa eso de que se pase una parte de la vida sacrificándose para sacar algo de provecho, y luego, porque á unos cuantos vagos que no ganan su pan como es debido, se les antoje, le desquicien á uno la tranquilidad y le hagan vivir con el alma en un hilo. Yo, por ejemplo, soy torero, y porque he tenido suerte, ó habilidad, ó porque las cosas han salido, ó porque Dios lo ha querido, gano algún dinero; bueno, pues tiene poca gracia que mucha gente que en su vida se ha molestado en nada se vea con derecho á gozar de todo lo que yo gozo, sin tener en cuenta que, aun suponiendo que el peligro de los toros no es gran cosa teniendo afición—que ya es suponer—, uno hace sacrificios muy grandes rodando de un lado para otro sin reparar

que puede encontrarse en trance de morir en cualquier sitio, lejos de la gente que uno quiere. Por eso, gobierno que proteja mi seguridad personal y garantice la de mis intereses, que me ha costado sangre y pedazos de mi cuerpo ganarlos, ese es el mío; si es monárquico, como si es republicano; si liberal, como si reaccionario. El medio me es indiferente, el fin es lo que me importa.»

En esto llegamos al frontón, y en los intervalos de descanso pasamos á tratar de cuestiones artísticas. Ricardo empieza por hacer constar que técnicamente, científicamente, no entiende nada de esto; lee un libro, ve un cuadro, asiste á una representación teatral, oye un concierto, y al salir no sabe decir si aquéllo es bueno ó malo, bonito ó feo, únicamente, si le gusta ó no le gusta, pero sin saber razonarlo.

—Vamos por partes—. En pintura—son palabras de *Bombita*—me gustan los cuadros que representan asuntos de la vida, cosas de verdad, que yo haya visto alguna vez, ó que parezcan sucedidas. Esos colores fuertes, alegres, son los que más me agradan. Entre todos los pintores españoles, los que prefiero son Sorolla y Bilbao; yo no sé si serán buenos ó malos, he oído decir que sí, pero de todos modos, para mí son los mejo-



Un gran pase ceñido

res, porque sus cuadros me gustan más que los de otros.

En literatura me sucede lo mismo ; que los libros que más me divierten son las novelas que cuentan cosas verdaderas, esas donde se encuentra uno con un asunto muy interesante que no le permite dejar el libro. Yo llego á tomarle rabia á algunos personajes y en cambio, me son simpáticos otros, pero han de ser que parezcan de verdad, que vea uno que aquello ha sucedido alguna vez. Los novelistas que más conozco, porque son los que más me gustan, son Alarcón y Blasco Ibáñez, y de éste, cuyos libros he leído, *Sangre y Arena* me parece el mejor, quizá sea porque trata de mi oficio y conozco mejor las costumbres y el medio en que viven los personajes, pero el caso es que me entretuvo muchísimo. Antes había leído otra novela de toros también, que se llama *El Espada* y que está escrita por un paisano mío. Las dos son casi iguales, pero la de Blasco Ibáñez está muchísimo mejor, para mi gusto.

Cuando viajo siempre llevo libros para distraerme en el camino, sobre todo cuando me embarco. En la primera travesía que hice camino de Méjico, leí mucho de Julio Verne, y me quedé asombrado de lo que sabía aquel hombre ; realmente era un fenómeno.

Luego he hablado con algunos amigos y me han discutido esta inclinación mía por las obras de Verne, y hasta recuerdo que un cronista muy simpático y que escribe muy bien (1), al decirle yo esto, me aseguró que el autor de *Un viaje á la luna* no tenía, ni mucho menos, el talento que yo le atribuyo. Seguramente, ese señor, que es literato y que ha dedicado á eso la mayor parte de su vida, entiende de novelas muchísimo más que yo, y su razón tendrá para decir lo que me dijo; pero yo no me conyenzo, no puedo convencerme. Porque no hay más que pensar un poco sobre los libros de Julio Verne para percatarse de que no se entretuvo en tonterías. Por ejemplo, aún no sabía nadie lo que era un sumergible, cuando él ya había imaginado la historia de varios individuos que hacen una excursión por debajo del agua (2), ahora todo el mundo habla de aeroplanos y de dirigibles, de vuelos y de globos; bueno, pues hace ya muchos, muchísimos años, que Julio Verne, en su novela *Cinco semanas en globo*, ya había sentido que los hombres podrían viajar por el aire tan cómodamente como en el tren. Yo, que he estado en París varias veces, he vis-

(1) *Bombita* se refiere al Sr. López Pinillos.

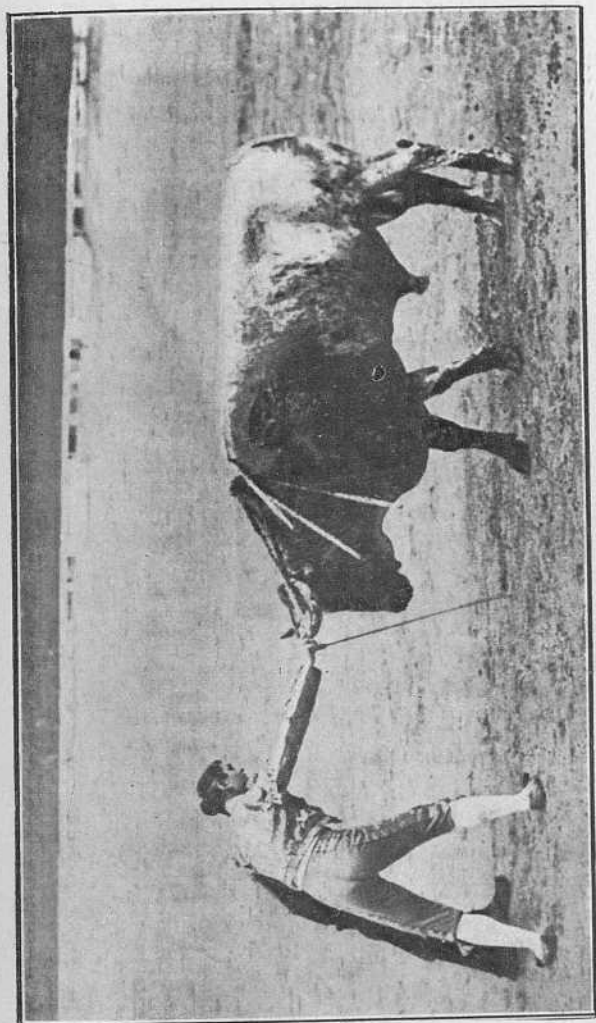
(2) *Veinte mil leguas en viaje submarino*.

to que allí hay unos tubos para repartir la correspondencia ; en todas partes hay teléfonos y telégrafos, y fonógrafos, pero cuando ni en París había aquello, ni esto, ni lo otro, ya estaba escrita *Una Ciudad flotante*, en la cual su autor imagina la existencia de todas esas aplicaciones científicas. Puede que nada de esto tenga el menor mérito, pero para mí lo tiene grandísimo. Dentro de unos años ya me figuro que á todo el mundo le parecerán vulgares todos esos libros y que no le asombrarán á nadie, porque será cosa corriente viajar en globo y en submarino ; pero es que precisamente eso juzgo yo que ha de ser el mayor triunfo de Julio Verne.

Como puede verse, en pintura y en literatura, *Bombita* tiene marcada preferencia por el arte realista ; este afán por la verdad, por la copia fiel de la vida, lo mismo en el lienzo de un cuadro que en las páginas de un libro, afán un tanto inconsciente, pero lógico en gente que vive con tal intensidad y tal prisa, está sostenido en todo el temperamento del diestro, pues aun cuando el gusto por Verne pudiera parecer una contradicción, no sucede así, porque en la defensa que hace de su novelista favorito, Ricardo Torres explica bien á las claras que hace ra-

dicar su mayor mérito en la aplicación que las fantasías del popular escritor francés van teniendo en la realidad de la vida. Aparte de esto, los nombres de Sorolla, Bilbao, Alarcón y Blasco Ibáñez, que son sus artistas predilectos, entre los españoles, no dejan lugar á duda sobre la clasificación de sus gustos.

—En música no puedo dar una opinión completa—dice *Bombita*—porque me falta el principal elemento para juzgar, que es el entender técnicamente, y aunque eso me sucede en otra porción de cosas, ello es que por lo regular me equivoco menos que en esto. Llego á un teatro, oigo la partitura de una zarzuelita, y cuando salgo muy satisfecho y muy contento elogiando lo que acabo de escuchar, me encuentro con un inteligente, que me asegura que aquella música está copiada de tal ó cual sitio. A mí me da lo mismo—suelo pensar yo—que esté ó no copiada, la cuestión es que sea bonita. Desde luego prefiero la música sencilla, ligerita, que se pegue fácilmente al oído, que se recuerde luego sin esfuerzo, porque de ese modo, al recordarla vuelvo á disfrutar la misma sensación que me produjo cuando la oí por vez primera. Esto no quiere decir que sea esta clase de música la única que me gusta, pues también



Una guapeza de Bombita

me agradan, y mucho, los conciertos, de los cuales he oído muchos, algunos magníficos, en Granada. De Wagner conozco muchas cosas, y aunque no me penetro bien de esa clase de música, comprendo desde luego, que aquéllo es algo extraordinariamente grande. De las óperas que he oído, las que más me gustan son *Carmen*, *Aida*, *La Africana* y *Bohemia*.

El teatro es el arte que más me agrada, porque en escena es donde la mentira se acerca más á la verdad, entra más por los ojos, se ve á los personajes con el color de sus trajes, y la figura y la cara, mejor aún, claro es, que en un cuadro por bien pintado que esté; se oye lo que dicen lo mismo que en los libros, y por añadidura puede uno observar cómo se mueven y qué hacen mientras hablan. Y en esto no tengo preferencias, disfruto lo mismo con el género grande que con las zarzuelas, con tal de que estén las obras bien representadas.

»Entre los actores que he visto, Simó Raso me parece admirable en su género, tiene una naturalidad y un dominio de lo que está haciendo, se caracteriza tan bien, que parece imposible, viéndole en dos obras distintas, que sea una sola persona. En el drama, Borrás, y en la comedia Thuillier, son, para mi

gusto, los mejores. De los actores cómicos, Larra y Carreras son los que más gracia me hacen siempre que los veo.

Al llegar aquí hemos interrumpido la conversación. *Bojilla* apresta las herramientas, y el matador, en mangas de camisa, calzadas las zapatillas de torear, se dedica durante un buen rato á dar carreras por la cancha corriendo por derecho, abanicando por las afueras, toreando de frente por detrás y rematando quites con la mano en el testuz de un toro imaginario que le persigue; después, ejercita los brazos pasando de muleta, y por último, vuelve á jugar á la pelota con verdadero entusiasmo, tanto, que en un movimiento rapidísimo del brazo izquierdo, se resiente de la luxación, produciéndole dolor tan intenso que tiene que retirarse. Otra vez en traje de calle, nos instalamos en el vehículo y vuelvo á mis preguntas. Ahora llegamos á un punto interesante: las actrices y las tiples, pero *Bombita* remata pronto:

—En tratándose de mujeres ya no acierto á medir su valor artístico, me distraigo mirándoles la cara, los ojos, el pie, las manos, el cuerpo, el pelo, el cuello, la manera de mirar, la manera de reir; oyendo la voz, viendo cómo andan y cómo cantan y cómo bailan, y no me entero de si trabajan bien ó

mal. En esta clase de artistas me parece mejor la más guapa.

—¿...?

—¿Que quién es? Eso no lo digo, porque las demás también me gustan un disparate.

Y considerando que debemos dar por concluído este tema, guardamos un momento de silencio. Al cabo, lo rompe *Bombita* para decir:

—¡ Ah! Conste que entre los políticos, guardo un gran respeto, lleno de gratitud, á la memoria de don Raimundo Fernández Villaverde, no sólo por la alta estimación que me merece su labor financiera, sino también porque... restableció las corridas de toros en domingo.

EL ARTE DE TOREAR

La teoría y la práctica.—Primer tercio.—El cambio de rodillas.—Los toreros á la derecha.—¿Debe suprimirse la suerte de banderillas?—Como debe torear de muleta.—Las faenas largas.—La suerte de recibir.—El volapié.



EL ARTE DE TOREAR

—Pues he ahí una cosa de la que no quisiera hablar yo. Es el nuestro un arte más personal que ningún otro. Cada uno de los que lo practican tiene de él un concepto distinto. ¿Quién ha visto á dos toreros hacer una suerte igual?... Y sobre todo, que para decir algo interesante, tendríamos que empezar por hacer una clasificación minuciosa de cada uno de los casos que se ofrece en la lidia taurina... ¡Y cada toro es un caso distinto!

—Pero, sin embargo, bases..., algo fundamental..., algo que no cambie.

—Si le digo á usted que todo, absolutamente todo, es distinto. En esto del arte de torear, cada maestrillo tiene su librillo, y cuenta usted con que maestrillos son, ó se

creen, todos, desde el aficionado que por una sola vez tira un capotazo á un becerro, al torero retirado, que se figura que como él y su tiempo, no puede haber otros.

—¡De manera que usted cree que el arte de torear no está sujeto á reglas!

—Lo que creo es, que no hay quien lo sujete. Yo lo sé por experiencia; á mí, muchos aficionados me han criticado el que toree sin juntar los pies, y otros aplauden como el primero de mis méritos que sepa cargar la suerte; unos critican, por creerlo poco serio, que yo bulla y me mueva y aproveche todas las ocasiones que se presentan para hacer algo y arrancar aplausos, y á esa crítica oponen otros su entusiasmo, haciéndose lenguas de mi afición y mis deseos de complacer, que me llevan á no estar apático en los ruedos.

»Crea usted: lo que á unos agrada, á otros les molesta. Lo que yo hago fácilmente, para otros toreros es difícil, y viceversa. Yo toreo á un toro de una manera, y á ese mismo toro, otro cualquiera, lo haría con distinto estilo; y aun quizás yo mismo, si después de muerto resucitase el toro, haría cosas totalmente opuestas.

»Cada toro, cada momento de la lidia, es por sí solo un texto de arte taurino. ¿Cómo



Bombita en traje de cazador

quiere usted que en una conversación pretenda yo sentar reglas absolutas sobre cosa tan difícil, no sólo de practicar, sino de definir.

—Pero una impresión personal...

—¡ Ah ! Eso sí. Pero no hay que titular el capítulo: *Arte de torear*, sino el *Arte de torear de Bombita*.

—Pues eso ya es mucho.

—Para usted y para mí, puede ; para los demás, no creo que les enseñe nada nuevo. Pero al fin, yo le diré algo de lo que la experiencia, mil veces repetida, me ha enseñado.

—¿ Por lo visto niega usted que en el toreo existan maestros teóricos ?

—Desde la barrera todos lo son, en la mesa del café también, pero en una cátedra, en un libro, nada serio se puede decir.

—Pues libros hay, y muy respetados, que hablan de esto.

—Verdad. Pero... pregunte usted á todos los toreros actuales si aprenden algo en ellos. Yo sé que le contestarán sonriendo, que no se han preocupado de leerlos, y los que lo hicieron, dejaron el libro con sonrisa burlona y pensando al leer algún artículo de la fe de esos catecismos: « Delante de un *burel* quisiera yo ver, cómo este *gachó* hacia todo eso. » Créame usted, la del célebre

cuento: «Viene el toro, se quita usted. ¿Que no se quita usted?... Le quita el toro...»

Y esa es la única gran verdad teórica que puede decirse respecto al arte de torear.

—¿Entonces, es ciencia innata la de torear?

—Algo hay de eso, algo hay. Es dicho muy popular el de «ése lo lleva dentro» y es una gran verdad. Para ser torero, hay que llevarlo dentro. Es algo especial, es un don como otro cualquiera, créalo usted. Querer ser torero, no basta; poderlo ser, tampoco. Hay que querer, poder y llevar dentro ese algo de que hablan las gentes, que yo no sé explicar, pero que, sinceramente, yo siento en mí mismo.

—Pero aun sintiendo *eso*, de alguna manera y de alguien hay que aprender.

—El mejor maestro es la práctica, la práctica en todos sentidos; primero, viendo, luego realizando, sin toros, como hacen los chiquillos, lo que se ha visto; después, intentándolo, una y otra vez, con los toros. Se adelanta más, cuanto más afición hay; el que tiene más ocasión y más elementos de práctica es el que llega primero. Yo aprendí mucho de mi hermano Emilio. Recuerdo que muchas veces, en casa, hacía yo de toro,

y él me toreaba ; yo no perdía detalle de sus movimientos, y luego realizaba las hazañas, con otros chicos del barrio. Después, en las vacadas, en las tientas, en las capeas, en el matadero, allí donde podía, me hartaba de torear, y aprendía más y más, cuanto más toreaaba. ¡ Lo que yo sudé para aprender á dar pases naturales, tranquilo y sin quitar la muleta de la cara antes de tiempo !...

« Yo no sé, ahora, cómo aprenderán los toreros del porvenir. La supresión de las capeas ha sido media en su sitio dada por un enemigo de nuestra fiesta al arte de los toros. Y van á ocurrir muchas desgracias, porque la afición sigue, y los que aspiran á ser toreros tendrán que pasar casi sin gradación, de torear á sus camaradas de juegos, á novillos de casta y con puntas, ¡ y es un salto muy fuerte ! Antes, en las capeas, toreando vacas, novillos embolados ó ganado morucho, casi no había exposición ; el ganado que no es de casta, atropella, pero pocas veces hiere, y así, con un par de docenas de coscorriones y algún varetazo ó puntazo sin importancia, se hacía el aprendizaje del toreo que, repito, no sé cómo se podrá substituir.

—¿ Quizás venga por ahí el fin de la fiesta nacional ?

—El fin... Yo creo que la fiesta de toros no se acabará nunca. Se modificará, se transformará..., pero acabarse, nunca. Por días crece en España la afición, cada año aumenta el número de corridas; el Mediodía de Francia, está completamente entusiasmado con nuestra fiesta; en América, la afición supera ya á la de España. ¡Acabarse, nunca! No hay ley suficientemente fuerte que acabe con esta afición. Podrán estropearla, ponerla impedimentos, pero seguirá adelante, porque los españoles amamos las emociones fuertes, y yo no conozco ninguna comparable á la que produce un hombre frente á un toro.

—Dice usted que se modificará, que quizás se estropee la fiesta. ¿Por qué no ha de mejorar? Ustedes, que conocen sus defectos, podían hacer algo para que desaparecieran.

—De toros, nadie sabe bastante para poder hacer eso. Yo sólo sé lo que hago y lo que dejo de hacer, según que lo crea más ó menos conveniente.

—Ese es nuestro asunto. ¿Qué hace usted? ¿Qué deja usted de hacer los días de corrida?

—Lo primero que hago es mirar al cielo. A mí me da mucha pena torear sin sol. Parece como que me predican un fracaso, salgo



Una gran estocada de Bombita

con menos entusiasmo, más fúnebre, menos esperanzado.

«Lo segundo que hago es preguntar á *Bojilla*: ¿hace aire?... y de su contestación depende el que yo inmediatamente me ponga á hacer gimnasia, ó me tumbe aburrido en la cama. Nadie puede figurarse lo que para nosotros representa el aire. Con viento, es imposible manejar artísticamente el capote y la muleta, y lo que es peor, está uno constantemente vendido, no hay quien se apodere de los toros, y llegan éstos á la muerte sabiendo álgebra superior, y con todo su poder. La lucha, esos días, pierde todo su encanto; ya no es posible habilidad ni inteligencia para dominar al enemigo; es una lucha cuerpo á cuerpo, casi de bruto á bruto. Yo sé decir, que muchas de las cornadas que tengo, las recibí en días de viento, en los que al ejecutar una suerte, una racha de aire me descubrió y avisó al toro del cebo. Yo, prefiero torear con agua hasta las rodillas, con todos los inconvenientes, á torear con viento, y creo que todos los toreros lo mismo. En el Reglamento de toros sólo se atiende, para las supresiones, á la conveniencia del público. Bien está que se suspendan las corridas para que no se moje el público de los tendidos, pero... ¿no es lógico y hu-

manitario suspenderlas cuando el viento hace imposible la lidia?...

—Verdad, pero ya sabe usted que tiene cierto encanto una corrida así, que siempre tiene vistas á la enfermería.

—Vaya un encanto. ¿A qué buen aficionado le agrada ver á los toreros de cabeza, dominados por los toros, expuestos constantemente á ser cogidos?

—Y si no hace viento, ni hay nubes, el día de la corrida, usted...

—Yo hago mi gimnasia, á las once tomo un caldo con huevo y un poco de pescado blanco, porque no conviene comer mucho para estar más ágil, y dos horas antes de la corrida, empiezo mi *toilette*.

—¿Y no pregunta usted nunca qué clase de toros le han tocado en el sorteo?

—¿Para qué?... Y además, no me hace falta preguntarlo. Casi siempre los toreros tenemos amigos que, excediéndose en interés en cuanto se relaciona con nuestra gestión taurina, van á los apartados y se enteran, contándonos luego todos los detalles.

—¿Alguno de ellos, singularmente, le molesta á usted?

—No me fijo, la verdad. Me basta saber si es ó no una corrida de arrobos. Si acaso algo me desagrade, aunque no mucho, es

que los toros sean altos de agujas, porque como yo no ando muy sobrado de talla, luego encuentro más dificultad para herir.

—Prefiere usted las corridas de seis ó más toros.

—A mí me gustan, y creo más lucidas, las corridas de seis toros, con sólo dos mata-dores.

—Pues empecemos la lidia, y empecemos por lo primero que yo he visto á usted hacer con frecuencia, *el cambio de rodillas*.

—Es verdad, algunas veces lo hago, pero casi siempre es cuando á la salida del toro me encuentro en los tercios próximos al toril, por estar recogiendo palmas. Yo prefiero esto á *recortar capote al brazo*, cosa que luego impide á los compañeros torear de capa muchas veces. El cambio de rodillas es expuesto, porque el toro sale deslumbrado, sin fijarse en nada y, á veces, no sigue el cambio y atropella el bulto. Para que resulte la suerte emocionante, se ha de esperar mucho. Pocas veces los toros se revuelven antes de que el diestro se pueda reponer y levantarse; en la mayoría de los casos, después del cambio, el toro sigue su viaje sin más incidentes.

—¿Cree usted necesario que los peones recorten al toro antes de que el espada toree?

—A veces sí. A la salida del chiquero, los toros salen broncos, rebotándose, sin fija, y harían imposible el torear de capa como se debe, parando y sin perder terreno. Algunos recortes, pocos, tres ó cuatro á lo sumo, quebrantan en algo al toro y le aploman. El espada puede entonces torear sin dificultad, sobre todo si se fija bien en la arrancada del toro, para cargar lo suficiente la suerte. En esto, ya sé que gano censuras, pero juzgo más artístico y racional no juntar los pies, y torear jugando los brazos, que esa otra manera de poner los pies juntos, porque entonces, al segundo lance, por poco poder que tenga la res, necesariamente se pierde terreno; de forma que lo que se gana en quietud en la primera verónica, se pierde después, porque hay que *enmendarse* en seguida. Yo no he visto á nadie que haya podido dar cuatro ó cinco verónicas sin moverse y con los pies juntos, y en cambio, he visto á muchos torear con suma elegancia y sin perder una línea de terreno, porque solían cargar la suerte como es debido. Algo parecido ocurre con el juego de brazos. Muchos entienden que deben estirar y levantar los brazos en las verónicas; yo creo que sólo se deben estirar, llevando templado al toro en los vuelos del capote. Levantando los bra-

zos, los toros en la mayoría de los casos, se quedan en el centro de la suerte, mas al levantar la cabeza pierden su viaje, y el diestro, ó sufre una colada al cuerpo, ó tiene que enmendarse y buscar otro terreno para seguir toreando.

—¿De los lances de capa, cuáles cree usted los más difíciles?

—Desde luego los de frente por detrás, que hoy apenas si se realizan como se debe. En esta suerte, el cuerpo queda casi al descubierto, y si el toro entra gazapeando, es casi seguro ser atropellado. También los recortes llamados de *tijerilla* son difíciles, pues es indudable que hay mucha más exposición para el que torea con los brazos cruzados en este lance, que el que puede libremente estirar los brazos para marcar la salida.

—Pascual Millán, el sabio crítico taurino, censuraba mucho la obsesión que hoy se siente por torear todos los toros á la salida...

—Y tenía sobrada razón; el matador, según mi entender, debe tener siempre muy buen cuidado de no dar al toro más que la lidia que se merece, y no abusar nunca, en ninguno de los tercios, de las condiciones del animal, por ganar unos aplausos. Así, estimo yo, que el toro que sale aplomado, ó que queda fijo y en suerte á los dos ó tres pri-

meros capotazos de los peones, no hay para qué torearle, puesto que los lances de capa no tienen otro objeto que preparar al toro para la suerte de varas.

—¿Y de esa suerte, qué decimos?...

—Habría para hablar todo un año. Es indudablemente la más difícil de llevar. Los toros están con todo su poder y el castigo es duro, pero es un castigo que mal llevado ó aplicado con exceso ó defecto perjudica extraordinariamente para el resto de la lidia. Nadie debe olvidar, que desde que el toro pisa la arena, todas las suertes, todos los tercios, todo el trabajo de los lidiadores va encaminado al mismo fin: á preparar el terreno al matador, á procurar que el toro llegue en buenas condiciones á manos del espada. Por eso, yo sería partidario de que cada espada dirigiera en absoluto la lidia de sus toros, incluso no haciendo más que él los quites, y si pudiera ser, ordenando él mismo el cambio de suerte. No es así, y con ello nos perjudicamos todos, y el primero el público, porque sería más justo al juzgar de toda una lidia y aplaudir ó censurar al diestro que la dirigiera; suya sería la culpa de las condiciones con que el toro llegase al final. Parece que no, y á veces un quite, un simple quite de dos medias veróni-

cas influye no poco en el resto de la lidia. A algunos toros, conviene quebrantarlos mucho con el capote, abanicarlos, sacarlos por las afueras, ceñirse al recortar; en cambio otros apenas si deben ser toreados. Hoy no se atiende á esto, pues los espadas al turnar en los quites hacen lo que quieren y no siempre lo que deben, atendiendo á las condiciones del toro. ¡La cuestión es llevarse las palmas, y lo demás... que cada palo aguante su vela!

«¿Qué se diría, si hoy, siguiendo el sabio ejemplo de los maestros antiguos, en un toro poco poderoso el espada se negara á entrar en los quites, y fueran los peones los encargados de tomar al toro á punta de capote á la salida de las varas, para dejarlos otra vez en suerte?... ¡Serían de oír las protestas del público! Y, sin embargo..., ¡cuántas veces conviene no aburrir á los toros con el capote, para no acabar con sus escasas facultades!

—¿Y eso de los peones á la derecha?

—Eso es una rutina, que el público ha tomado, porque cuatro que se dicen inteligentes, pegan voces cuando ven un torero á la derecha de los caballos. Y, sin embargo, muchas veces es muy necesario. El peón colocado á la derecha, tiene la misión de

aguantar al toro, sobre todo cuando éste tiene querencia á izquierdas, como ocurre muchas veces. Si en esos casos no se pone á la derecha del picador un peón, no es posible sujetar al toro y llevar la lidia como se debe. Por otra parte, ese peón á la derecha, no perjudica á nadie. Una vez que el toro está en suerte y que el picador cita, se retira al estribo, y así, no ayuda en nada á disimular la mansedumbre del animal, si la tiene. En cambio sería yo partidario del procedimiento de la *raya*, para que los picadores no acosaran, como hoy se hace muchas veces, con objeto de salvar de la quema á los toros.

—Pasemos á banderillas.

—Mejor sería no pasar. Es éste un tercio, que en la gran mayoría de los casos no hace sino perjudicar la lidia. Muchos creen que las banderillas son un nuevo castigo para el toro, y eso es un error. Las banderillas no castigan, molestan. El toro empieza á cabecear, siente sobre el morrillo una cosa que constantemente le pincha, y se enrabia y descompone ante su impotencia por librarse de ese tormento. Hay que añadir á estos inconvenientes, que forzosamente durante el tercio de banderillas, los peones han de bregar, que si los toros por exceso de castigo

en el primer tercio, están quedados, esa brega es larga y dificultosa, que muchas veces los banderilleros tienen que pasarse sin clavar, pero enseñando el cuerpo. En resumen, que es éste un tercio que no aprovecha á nadie: al toro le avisa y descompone sin mermarle facultades, al torero le hace trabajar y exponerse inútilmente, con poco lucimiento, siendo la suerte bien difícil.

—¿De forma que usted suprimiría el tercio de banderillas?

—Haría de él un tercio condicional. Por ejemplo: son convenientes las banderillas en los toros que no aceptan varas, en los mansos, en los muy poderosos; pero en los nobles y francos aumentaría algo más el castigo en varas, bien con un par de puyazos más ó toreándole, y suprimiría las banderillas, con lo que se conseguiría beneficio para el público porque vería llegar á la muleta á los toros más enteros, y para el matador porque tropezaría en su faena con muchísimas menos dificultades.

—¿Y cuál es su opinión sobre la suerte de banderillas, realizada por los matadores?

—También opino en contra. En primer lugar, los matadores sólo cogen los palos en los toros fáciles y dejan el hueso de los bueyes á los peones de la cuadrilla, lo

que no me parece ni muy justo, ni muy digno. Mejor vería yo, que en un toro dificultoso, un matador que fuese maestro en banderillas, para evitar que el toro se estropease más las cogiese por su propia voluntad y clavase prontamente. Yo, una vez más lo repito, creo que en la lidia todo y todos deben cooperar á un mismo fin: al de arreglar al toro para la muerte. Por desgracia, estas cosas no pueden hacerse como las piensa uno; tan generalizada está la costumbre de pedir que paren los espadas, que resulta ya obligatorio para nosotros el hacerlo, sobre todo en plazas de segundo y tercer orden, donde si no se accede, no tarda en llenarse el suelo de botellas y otros proyectiles.

—Y de todos los banderilleros actuales, ¿cuál cree usted los mejores?

—De los espadas, indiscutiblemente es Fuentes el que más y con mejor estilo clava. De los banderilleros, para mí son superiores los de mi cuadrilla, especialmente *Patatero* y *Barquero*, y del resto, aparte *Blanquito*, que ha sido durante muchos años el mejor, con gran diferencia entre los demás, me gusta mucho la prontitud y eficacia de *Pepín de Valencia* y *Blanquet*, que son dos grandes rehileteros para el matador, aunque no sean de los de más adorno.

—Y vamos con la hora final...

—Pues no me interrumpa usted, que ya que estoy en vías oratorias, voy á soltar desordenadamente cuanto se me ocurra. Empezaré por decirle, que según mi entender, los toros se matan más con la muleta que con el estoque, que es con la muleta con la que los diestros demuestran más su saber, y que es el trapo rojo la única defensa que tenemos, algo así como un baño desinfectante, porque el que sabe manejarla muchas veces limpia con una faena inteligente al toro de los vicios adquiridos durante toda la lidia.

«Para torear de muleta, precisa tener grandes facultades. Si las faenas han de ser eficaces, hay que pisar un terreno al que no se llega en ningún otro tercio de la lidia, y hay que tener mucha confianza en los propios recursos para estar tranquilo y sabiendo uno lo que se hace en ese terreno, que es más del toro que del torero.

»Para mí, todo el arte de torear bien con la muleta, es decir, de llenar los dos fines para que fué inventada, castigar y adornarse, es indispensable cargar la suerte y estirar bien los brazos. Para ello, sin llegar á exageraciones, la muleta debe tener bastante vuelo, y las piernas deben estar algo separadas.

»Son muchos los errores que el público tiene en esto del toreo de muleta, que no es tan claro y fácil como desde el tendido parece. Los pases estirados, con los pies juntos, *no los da el torero, los toma el toro*, que es cosa muy distinta. Claro que cuando el diestro se encuentra con un toro noble, que acude pronto y recto al engaño, que no tira cornadas, que no alarga por ningún lado, debe dar esos pases que tanto entusiasman al público; pero aun así, yo apuesto á que por bueno que el toro sea, no hay quien dé media docena de pases seguidos como quieren algunos aficionados, es decir, el cuerpo erguido, y los pies juntos y quietos. De esos pases, se pueden dar dos ó tres, pero después, si el toro no se ha ido, como ocurre casi siempre, porque no hay forma de recogerlo sin moverse, es preciso buscar otro terreno para continuar la faena, porque no hay toro, por noble que sea, que pase por la muleta de esa manera más de tres veces seguidas. Yo creo más artístico, y desde luego más eficaz en las faenas que los pases sean seguidos, que el espada recoja siempre al toro con los vuelos de la muleta, aunque para ello tenga que abrir algo el compás, que lo que va en separar los pies para cargar la suerte, va en beneficio de la quietud y continuidad

de la faena. Yo, aficionado, me fijaría más que en esos pases, que repito son sencillísimos, porque es el toro el que se los da, en el terreno que pisase el diestro, en que éste citase con la pierna contraria, templase con la muleta, recogiera con los vuelos y sin moverse estuviera preparado para el otro pase.

»Pero al fin estos no son más que criterios míos, y conozco que no es fácil llevar mi convicción al público, que en esto menos que en nada, se puede ser parte y juez de un mismo pleito; y como éstas, ¡cuántas cosas hay en la afición á toros, que son totalmente contrarias al buen arte taurino y á lo que la realidad impone!... Por ejemplo: es costumbre muy generalizada de los públicos el advertir á un diestro que á un toro que está con la cabeza alta, le pase de muleta por bajo, y esto es la mayoría de las veces un error. A mí me ha demostrado la práctica, que al toro que tiene la tendencia á encampanarse y que no humilla fácilmente, que tira cornadas por alto, es preferible pasarle por alto, levantando mucho la muleta, para que el toro, harto de tirar cornadas al aire, se canse y desengañe, y humille por fatiga y aburrimiento. De cien veces que se haga esto, se comprueba que en noventa, los toros

humillan al sexto ú octavo pase por alto bien dados.

»Pero dejemos esto, que inútil será insistir sobre ello. Quiero ahora reconocer una culpa que todos los toreros actuales tenemos de que acusarnos con más ó menos insistencia, pero, indudablemente, yo más que nadie. Es ella, la excesiva duración de las faenas de muleta; una vez más repetiré lo que tantas veces he dicho: todos, absolutamente todos los lances y suertes de la lidia no deben tomarse sino como medios para llegar al final, á la muerte del toro; y, sin embargo, ¡qué pocas veces nos acordamos los matadores de esto, sobre todo si el toro es manejable y se presta á lucimientos con la muleta! y ¡cuántos toros que se hubieran podido matar bien á los pocos pases, por abusar del trapo rojo, se estropean y cuesta luego Dios y ayuda el mandarlos al desolladero!

»El matador, en cuanto la res iguala, debe echarse el estoque á la cara, si es que el toro no ha achuchado visiblemente en los pases, por el lado de la salida, que es el mayor defecto que pueden presentar.

»Esa hora final, ese momento último no cabe duda que es el más interesante de la lidia. Antiguamente los aficionados decían: «para ganar dinero con los toros, hay que

llegarles con la mano al pelo» y esa es una verdad como un templo. ¡Llegar con la mano al pelo en la hora de la muerte! ¡¡La de dificultades que presenta eso para algunos, y qué fácil es para otros!! No cabe duda, que es una cosa *que se trae hecha*, que es un don especial. Yo he visto á toreros valentísimos, que han pisado terreno que ninguno otro pisaría entre los toros, y sin embargo, afligirse y hartarse de pinchar, y quedarse solos á fuerza de broncas en el momento de matar.

»No sirven cálculos, ni sirven ensayos, no sirven buenos propósitos; ¡cuánta veces yo mismo he ensayado esa suerte suprema! Los inviernos en mi casa, con una cabeza de toro puesta sobre unos sacos llenos de paja, con un armatoste de ruedas, hasta con la perilla de la cama, he ensayado el cruce!...

»Aquí se acaban todas las sabidurías, hay algo especial que se sale de todos los cálculos, hay algo imprevisto, hay mucho de suerte, de acierto inconsciente para unos y desaciertos para otros.

»El terreno en que ha de colocarse el matador, lo dan las condiciones del toro. Cerca, si el toro humilla rápidamente y está pronto á los cites; lejos, si el toro es algo tardo y perezoso en humillar. De la primera forma se

cruza rápidamente, en la segunda hay que dejarse ver más y llevar muy medido el terreno y los movimientos de los toros. Como en tantas otras suertes, en ésta hay también contradicción: resulta mucho más lucido entrar á matar desde corto, y sin embargo, es más expueto y más difícil de ejecutar bien, entrar desde lejos. En el primer caso, el cruce es tan rápido que es imposible apreciar si el torero hizo el viaje recto y á conciencia; en el segundo, lo ve todo el mundo, es un camino más largo á recorrer y, por lo tanto, hay más tiempo para que el público aprecie la forma de ejecutar la suerte.

»Yo creo que la forma más lógica y bonita de matar toros, es la del *volapié*. Dicen que antiguamente, se mataban la mayoría de los toros recibiendo, y yo lo creo, pero lo que no dicen, es cómo se mataban, y yo he tenido ocasión de leer y oír á buenos y antiguos aficionados, y aun de ver en mi niñez, que en esos toros muertos recibiendo, la mayoría de los estoques quedaban bajos y de travesía, cosa que es muy natural, puesto que en la muerte de recibir es el toro el que hace el cruce, y no cabè que el torero pueda enmendarse.

»Aparte de que hoy, lo primero que no perdonan los públicos, es que los toros muer-



Cacería en Chantilly (Francia) en honor de Bombita

ran degollados, yo creo que no se realiza tanto como antes la suerte de recibir, porque se abusa mucho durante toda la lidia de las faenas del toro y éste llega á la muerte casi siempre quedadote, y hay que hacer mucho por él para poder herir en lo alto. Antiguamente, con el sistema de sacar á los toros de los caballos á punta de capote por los peones, se quebrantaban menos sus facultades, aparte de que las puyas de antes los castigaban menos que las de ahora.

»Y como final, ese descabello que algunos tanto critican, no es suerte tan sencilla como parece: para descabellar, hay que arrimarse mucho, más que para ninguna otra suerte, y si el torero quiere abusar, descabellando á un toro que aún conserve poder y vida, en el pecado lleva la penitencia, porque cuanto más vida y poder tenga el toro, más expuesto está á ser cogido al arrimarse para descabellar.

»Aún me queda una observación que si algún día me preguntasen mi parecer, para redactar un nuevo reglamento de toros (¡que nos está haciendo á todos, toreros, ganaderos y público, muchísima falta!) daría yo en unión de otros cuantos. Esta, se refiere á los avisos. Yo considero, que, tal como hoy se dan los avisos, no son justos. En primer

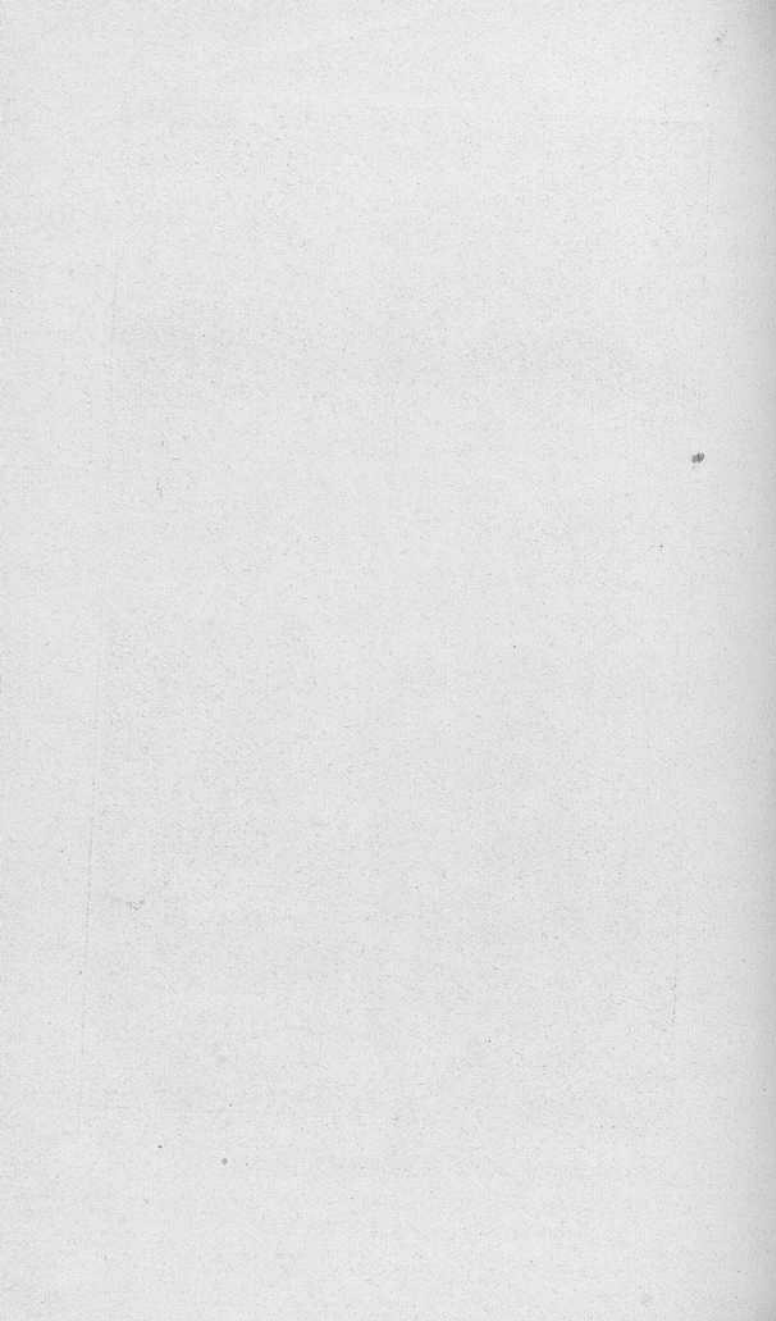
lugar, no hay proporción entre el tiempo que se concede al espada hasta el primer aviso, y el que se le da entre el primero y el segundo y entre el segundo y el tercero. Yo creo que debía disminuirse el tiempo primero y aumentarse los otros dos. Creo también que en esta cuestión debían existir algunas atenuantes, según la calidad de los toros, la labor del espada ó al menos seguir la actitud del público, que no es la primera vez que han salido los mansos á la plaza, y han sonado palmas para el diestro porque éste estuvo siempre valiente y afanoso de agradar. Para estos casos, antes de retirar el toro al corral, debían existir un corto número de minutos de gracia, con objeto de que el matador pudiese hacer un nuevo esfuerzo ante su enemigo.

»Y... ya sabe usted lo que yo opino del arte de torear. Creo que tal como está hoy es excelente, pero que aún podría ser mejor, si el público abandonase ciertas predisposiciones. Claro es que no se le puede pedir á un gentío que va á una fiesta á divertirse, que se instruya en el arte como un niño aprende el catecismo; pero aun sin eso, quitando un poquito de la pasión y añadiendo ese poco á la buena fe, la fiesta nacional ganaría mucho, porque, créame usted, de la mayor parte de

los defectos que cometemos los toreros y que de jo apuntados, no somos nosotros tan culpables como el público que nos obliga por rutina á entrar en todos los quites, á poner banderillas, á entrar á matar siempre corto, etc., etc. Hoy por hoy, hacemos lo que el público pide, que al fin él merece todos nuestros esfuerzos por complacerle, pero con ello muchas veces se perjudica el buen éxito de la fiesta, y no pocas pelagra nuestra vida más de lo ordinario: que un desplante puede ser una cornada, y un deseo de oír aplausos cuesta muchas veces el sentirse desgarrar la carnes por los cuernos del toro. »



Bombita en las cataratas del Niágara



MUERTOS E IDOS

Lagartijo.—Guerrita.—Mazzantini.—Espartero.—Reverte.—Bombita.—Montes. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀



MUERTOS E IDOS

Juzgábamos de gran interés consignar aquí el juicio que á Ricardo Torres le merecían sus compañeros, considerando que nadie mejor que un diestro curtido en las lidias, y al que debemos creer penetrado de la mayor parte, cuando no sea de todos, los secretos de su profesión, para apreciar aquilatadamente cualidades y defectos de los que muchas veces trabajaron con él ó ante él y hasta en ocasiones pudiendo estudiar más detenidamente las condiciones del toro que lidiaban.

Es necesario discernir claramente esta crítica de un profesional, de la otra crítica hecha durante la corrida por los encargados de servirle al público en la Prensa la reseña circunstancial de lo ocurrido. En primer térmi-

no, aquélla es más íntima, más subjetiva, en tanto que ésta es puramente externa y objetiva. Se distinguen en esencia por el punto de vista desde donde están formadas y además porque la primera se refiere únicamente al matador á través de toda su labor, en conjunto y utilizando elementos generales comprobados por la repetición de muchos casos, mientras que la segunda se hace día por día y relacionando estrechamente el trabajo actual con las condiciones del ganado y con la lidia más ó menos eficaz en todos los tercios.

Esto no quiere decir que al cabo, y comparando la una con la otra, no coincidan en lo característico, en lo representativo, en todo aquello que tienda á dibujar la personalidad de cada individuo, porque al fin y al cabo, de la fusión de críticas fragmentarias, no sólo puede deducirse una crítica completa, pero que también la graduación detallada de las alternativas por que ha ido pasando sucesivamente el diestro que se estudia.

Ahora bien, son tanto más curiosas estas impresiones personales, cuanto que están hechas, por un torero en pleno ejercicio de su profesión y en la madurez absoluta de sus facultades, de manera que al exponerlas ha tenido que contar con todos los elementos

que coadyuvan á destacar los méritos y defectos de sus compañeros.

Hubiéramos querido incluir en lista á la mayor parte de los matadores de toros en activo á continuación de los que ya no ejercen su arriesgada profesión, pero atendibles razones de compañerismo y de amistad nos han obligado á limitarnos á aquellos que por distintas causas están alejados de las plazas, unos porque les llegó el término de su vida, otros porque voluntariamente se retiraron á descansar después de una historia larga de peligros. Así y todo, aún se encuentran apreciaciones originales dignas de parar en ellas la atención.

Algunos nombres, y hasta de los más famosos alguno, faltan en la relación que sigue, pero está explicada su ausencia, porque *Bombita*, debido á no haberlos visto trabajar cuando estaban más en auge, no se decide á aventurar una opinión que pudiera resultar equivocada.

Y hechas estas consideraciones ligerísimas, *Bombita* tiene la palabra:

Lagartijo.—De *Lagartijo* el grande, el único, apenas si recuerdo haberle visto siendo muy niño, y desde luego, cuando yo no era capaz de distinguir sus méritos. Tengo de él una idea confusa y vaga, y no podría decir

siquiera en qué plaza ni cuándo le vi torear. Sin embargo, debo decir que me ha ocurrido con él una cosa interesante. Desde que tengo uso de razón vengo oyendo á todos los viejos aficionados, que nunca pisó plaza ninguna, figura más bonita de torero que la de Rafael Molina; yo he visto muchos diestros elegantes ante los toros, y entre ellos á *Guerrita*, y no podía imaginar que todos los públicos se admirasen de la elegancia, de la finura de *Lagartijo*.

Una tarde, sin embargo, comencé á creer que la gente tenía razón. Estábamos en el tentadero de Urcola, y hablando con *Guerrita* de los pasados triunfos del toreo, recayó la conversación en el arte del famoso competidor de Frascuelo. Todo el mundo daba su entusiasta opinión acerca de aquel maestro, y Rafael Guerra, dirigiéndose á mí, me dijo:

—Mira, *Bombita*: verle jacé á aquel hombre er pazeiyo, valía er dinero.

Estas palabras en labios de cualquier otra persona, no hubieran tenido más importancia para mí que la muy respetable de ser una opinión particular que coincidía con la de todos los que alcanzaron aquellos años esplendorosos de la fiesta; pero en labios de *Guerrita*, del hombre, del torero que mejor

se ha dado cuenta de su propio valer, y refiriéndose á otro individuo de su profesión, me hizo creer que la gracia de *Lagartijo* debía ser algo muy grande.

Pasó tiempo, y cada vez que recordaba la frase del *Guerra*, me entraba verdadero sentimiento de no tener ningún dato que me permitiera recordar, ó por lo menos, formarme una idea de lo que aquel hombre pudo ser en punto á visualidad como figura de torero. Un día, por fin, tropecé con una fotografía en la que estaba *Lagartijo*, de paisano, citando al cambio con un par de banderillas de lujo, que le puso á un becerro en la plaza de Madrid, bastantes años después de haberse retirado. Y era tan airosa, tan gallarda, tan artística, tan valiente, tan fina la silueta de aquel hombre ya viejo, sin traje de luces ni colorines, que entonces me dí perfecta cuenta de que no era extraño que, aunque no hubiera tenido más que eso en su juventud, la gente diera con gusto el dinero por verle. Los aficionados tenían razón, las palabras de *Guerrita* eran una sentencia. En realidad, y uniendo á ese atractivo el de torear como dicen que lo hacía, aquello debió ser una cosa que no hemos visto más.

Guerrita.—*Guerrita*, entre los toreros lo fué todo; yo no he visto nada más comple-

to y más perfecto, dominaba todas las suertes y de tal modo, que en cada una de ellas contaba con infinita variedad de recursos. Era torero de inteligencia y de adorno. Era alegre cuando las circunstancias hacían oportuna la animación, eficaz cuando las dificultades de los toros lo requerían, sereno y tranquilo en ocasiones en que la menor vacilación suya hubiera producido un desquiciamiento en el ánimo de los demás, era, en resumen, todo lo que hay que ser, todo lo que yo quisiera ser dentro de mi oficio.

Digo que era torero de inteligencia y de adorno, y voy á explicarme. La mayor parte de los matadores, cuando visten el traje de luces, piensan para su taleguilla: «Esta tarde, cuando salga el primer toro le voy á hacer esto y lo otro, y lo de más allá con el capote; al primero que me echen le voy á dar ese pase por alto que me sale tan bonito, y al segundo le voy á poner un par al cambio en cuanto me pida banderillas el público.» Llegan á la plaza, y aunque algunas veces tienen la fortuna de realizar lo que llevan pensado, en la mayoría de los casos las reses no se prestan á ello, y como el diestro no desiste de su propósito, cada intento es un fracaso, y la buena voluntad mal aplicada, fuente de desaciertos, y en ocasiones, de ver-



De cabeça á rabo

daderas catástrofes. *Guerrita* no; *Guerrita*, cuando cambiaba el capotillo de seda por el de bregar, no sabía lo que iba á hacer; ni durante su primer toro imaginaba la faena que le iba á administrar á su segundo. *Guerrita* veía salir á las reses, las observaba cuidadosamente, mientras estaban peleando, se percataba bien, admirablemente, de sus condiciones; yo creo que hasta la velocidad de las acometidas calculaba, y luego se iba á ellas, y, amigo mío, no ha habido nadie, ni creo que pueda haberlo ya, quien diera como él á cada toro estrictamente lo que necesitaba: ni capotazo de menos ni muletazo de más, lo justo matemáticamente, con una precisión, que todavía, recordándolo, me asombra. Dicen que los ganaderos cuidaban algunas reses con mimo, desde que las tentaban hasta que tenían la edad, destinándolas al famoso torero; probablemente esto será una invención, pero si no lo fuese, á mí me parecería lógico, pues siendo bravo el ganado, los criadores tenían la seguridad de que *Guerrita* sabía lucirlo.

De adornos no hablemos; si de alguien he aprendido yo, de él ha sido, y como yo la mayoría de los toreros. El inventaba con pasmosa fecundidad, y, como además, según ya he dicho, su mérito mayor era ser

oportuno, cuando intentaba cualquier suerte nueva era un triunfo. Como recursos, le sobraban á docenas para divertir á la gente, y cada tarde se le veía en un lance desconocido, en una hazaña inesperada. Para darse cuenta de la verdadera importancia de esto, no basta con haberle visto una ó dos veces, había que verle muchas.

Guerrita toreaba con el capote por verónicas, navarras, faroles, de frente, por detrás, en lances de tijerilla; salía por las afueras abanicando en los quites y los remataba de todas las maneras imaginables. En banderillas aún no ha salido quien le iguale preparándose los toros, clavando al cambio y en todas las demás suertes; con la muleta no hay para qué elogiarle, pues con el recuerdo está alabado, y además, mataba con gran seguridad. Era un fenómeno.

Mazzantini.—Yo he visto y hasta he alternado muchas veces con Mazzantini, pero en tiempos en que ya no tenía ni podía tener los entusiasmos y la afición que da el verse uno joven, fuerte y dueño de sus facultades. Le he visto en los últimos años que ejerció, cuando ya se habían ido de los toros todos los que le estimularon en nobles y difícilísi-

mas competencias, los que habían sostenido con él, durante un período muy largo, el esplendor de la fiesta nacional. Cuando yo tomé la alternativa, hacía mucho tiempo que no toreaban *El Gallo*, *Frascuero*, *Lagartijo*, *Cara-Ancha*, Angel Pastor, los que formaron aquel grupo de valientes que tanto entusiasmaron á los públicos. El mismo *Guerrita* se había retirado. De su gente no quedaba nadie más que él, y ya contaba más de cuarenta años; me es, por tanto, muy difícil formar una opinión acertada de lo que puede haber sido Mazzantini, y únicamente puedo apreciar su mérito por lo que he visto en él y relacionándolo con las circunstancias en que se lo vi ejecutar.

Sin embargo, la cosa no tiene malicia, porque así y todo cansado de luchar y de rodar por el mundo, mermadas por las fatigas de tantos años su agilidad y su poder, le he visto cosas magníficas que me han hecho pensar en lo que este hombre ha sido seguramente cuando se encontraba en otras condiciones físicas y morales. La suerte de matar atacando á los toros en la suerte de volapié, la ejecutaba de un modo maravilloso, hasta en las últimas corridas en que trabajó. Se perfilaba entre los dos pitones, frente por frente al testuz, muy cerca casi siem-

pre, se dejaba ver del toro en el momento de arrancar, y derecho y muy despacio, clavaba el estoque entero, como si en vez de ejecutar una suerte peligrosísima, estuviera dando una lección de tauromaquia. Esto lo dominaba de tal manera, que yo le juzgo el maestro más perfecto que he conocido entre los estoqueadores. Hay quien da en este momento tan difícil, una nota de bravura y levanta al público de su asiento; otros tienen el don de adquirir á la hora de matar un relieve trágico, que por el mismo espanto que causa á los espectadores, pasada la emoción arranca el entusiasmo; Mazzantini reunía dos cosas esenciales y difíciles á la hora de matar: el valor innegable en todo el que practica bien esta suerte, y la suprema ciencia de saber matemáticamente lo que hacía. Cuando un toro era de su gusto y él tenía empeño en escuchar una gran ovación, complaciase en verlo salir herido por las agujas de entre los vuelillos de la muleta.

Recuerdo de dos saltillos que mató en la primera corrida á que asistió el Rey, y que por cierto, era de Beneficencia. Yo no comprendo que se pueda matar mejor. Al primero le entró con tal fe, tan decidido á clavar aunque tropezase en hueso, que efectivamente, en hueso tropezó, pero la hoja del esto-

que entró entera quebrándose por la empuñadura. Esto, solamente lo ha hecho Mazzantini, que yo sepa. Si en aquel, que fué el primero, estuvo acertado, para mi gusto aún lo estuvo mucho más en el quinto, cuya suerte es una de las más perfectas que he presenciado en mi vida. Como detalle curioso, añadiré que aquella corrida de ocho toros, la toreábamos Mazzantini, *Conejito*, Fuentes y yo, y duró menos de dos horas.

De estas hazañas de que he sido testigo presencial, deduzco que un hombre que con el capote y la muleta no hacía más que defenderse bien, y que no contaba con más elementos seguros que su eficacia y su oportunidad indiscutible en los quites y el instante de matar, debió ser un coloso formidable de la suerte suprema, cuando en los tiempos más difíciles del toreo, en el apogeo de *Frascuero*, el matador más grande del mundo, y de *Lagartijo*, se colocó al lado de los dos maestros, y en muchas plazas hasta prescindían de uno de ellos para que alternase él con el otro cobrando lo mismo que el que más. Esto se cuenta en un momento, pero conseguirlo ya tiene muchos más inconvenientes.

El Espartero.—He oído muchas veces juzgar á aquel matador, y la mayor parte me han parecido equivocados los juicios, por lo menos tan distintos del mío, que coinciden en muy pocos puntos. Claro que yo puedo ser muy bien el que padezca error, pero el caso es que no estoy conforme con lo que de Manuel García dice la generalidad de la gente.

Los públicos le consideraban un gran matador de toros; yo admiré en él siempre al torero. Hay lidiadores que continuamente están al tanto de lo que hacen, y además estudian lo que luego han de hacer. Como he dicho antes, uno de éstos, el más grande de todos, era el *Guerra*. Su conocimiento del arte que practicaba era tan completo, que muy rara vez le sorprendía una equivocación, y aunque alguna tarde la sufriera, el número de aciertos era siempre muchísimo mayor que el de fracasos. Otros son toreros de emoción, que tienen arranques, momentos en que culmina su personalidad hasta entonces apagada durante toda la corrida. A esta clase de toreros perteneció Manuel García. Ahora, que los espectadores creían ver el momento trágico del *Espartero* cuando se arrancaba á matar, y yo lo vi siempre cuando pasaba de muleta. Puede suceder, sucede con mucha

frecuencia, que en una corrida pase un toro y dos y tres y más, sin que á los diestros de esta categoría se les vea destacarse en su instante peculiarísimo; pero la atención del público y hasta la benevolencia permanece sujeta por la seguridad que tiene de que al fin llegará lo esperado, el alarde de bravura que le ponga de pie en los asientos, sobrecojido el ánimo por una hazaña sobrenatural, y al ver salir del trance al héroe comprometido, se desborda el entusiasmo. Los fracasos, las tardes malas de estos matadores, las originan los toros, que no se prestan en toda la corrida á colaborar con el corazón de los encargados de matarlos.

En el *Espartero* era difícil la caída, pero repito que lo que á mí me ponía los pelos de punta, era el momento de acercarse á la res, muleta en mano. En este momento de la lidia yo no he conocido á nadie que tenga tanto valor, tanta fe en su coraje, y tanta emoción. Muchos toros, muchísimos, he visto yo lidiar que llegaban á la suerte defendiéndose en los tableros, avisados, traidores, con gran poder y que habían sembrado un justo espanto en la gente de los capotes. Tocaban á matar, y aquel muchacho se iba con su muleta—siempre muy pequeña—hasta la misma cara del marrajo, y le enseñaba la tela

tan de cerca y á veces hasta el cuerpo, con tanto, con tantísimo valor, con un arrojo tan soberano, que al tercer pase se había apoderado de su enemigo y le estaba presentando el pecho. Nadie ha sabido como aquel pobre *Espartero*, desengañar á los toros á fuerza de heroísmo, con toreo de muleta peligroso, sin engaños ni ventajas. Era la lucha declarada entre el empuje de una bestia y la tranquilidad agresiva de un hombre. Ese, ese era su momento de emoción; porque matando no tenía ni idea, digan lo que quieran. Aquello era lo más terrible que puede presenciarse, y no se debe confundir la emoción con el horror. El *Espartero*, cuando los toros le juntaban las manos, se iba sobre ellos de frente y de poder á poder, sin cuidarse de guiarlos en la salida con la muleta, ni de darles el costado derecho para deshacer el encuentro; él no iba más que á matar y resultaba que muchas veces toro y torero salían por la arena. Así terminó, como no podía menos de terminar: un toro que conservaba mucho poder le cogió las dos veces seguidas que entró á herirle y le quitó la vida.

Yo creo que así no se deben matar los toros, pues siendo el lance siempre arriesgadísimo, el mérito ha de consistir en darle al público esa sensación de seguridad y de do-

minio que Mazzantini le daba al perfilarse. Lo que no sea esto, es un juego de azar y hasta podría haber apuestas sobre si el herido era la res ó el lidiador. Claro que la sacudida de los espectadores ha de ser tremenda, pero no es de arte ni de gracia, es de susto, de miedo, lo mismo que si viéramos á un hombre tirarse desde un quinto piso y caer ileso por un milagro de la Providencia.

Reverte.—Reverte también era un torero de emoción, de arranques, pero mucho más desigual que Manuel García. En el *Espartero* ya se sabía de antemano en qué momento podía esperarse el alarde; en *Reverte* se esperaba siempre y nunca, surgía de improviso, como una inspiración, como un relámpago. A lo mejor se pasaba obscurecido muchas tardes, y luego, en una, recobraba con creces lo que había perdido y seguía siendo el mismo. La cogida de Bayona fué fatal para él, pues en su género de toreo eran indispensables grandes facultades que le destrozó aquella cornada; sin embargo, como tenía mucho corazón y era torero por naturaleza, por sangre, por raza, después de aquella herida tremenda aún se defendió muy bien en las

plazas, y algunas tardes hasta renovó el prestigio y la popularidad que tuvo en sus primeros años.

Una suerte dominaba como nadie, una suerte difícilísima de ejecutar bien y á conciencia, porque es de las más expuestas que hay entre todas las que contituyen la lidia de los toros: la de recortar capote al brazo. Desde que *Reverte* murió, se ha intentado muy pocas veces, de estas pocas veces, la mayor parte ha resultado mal y cuando ha salido bien no puede decirse que haya sido conscientemente, porque ya no se la hemos vuelto á ver al mismo individuo. Esta suerte tiene dos tiempos perfectamente distintos: citar con el capote recogido sobre el antebrazo, aguantando la acometida y marcar la salida ciñendo al cuerpo la tela; los que en el primer tiempo cargan la suerte al revés—la mayoría—ó sea estirando el brazo al citar en vez de adelantarlo, luego rematan fácilmente y hasta con lucimiento; pero el lance no es eso ni muchísimo menos. Lo difícil es el primer tiempo tal como lo marcaba *Reverte*, adelantando el brazo, dejando llegar, templando al toro con el movimiento del capote y girando el cuerpo como el pase natural. Eso ya ha desaparecido, murió con él.

Pero siendo estos recortes cosa personalí-

sima en aquel diestro, no era con ellos con los que despertaba más entusiasmo en las gentes; sus mayores triunfos los conseguía muchas tardes con verdaderos arrestos de guapeza, riñendo como un león con los toros, casi cuerpo á cuerpo, como si fuera capaz de reducirlos con los puños y con la mirada. En él, semejantes arranques se daban con frecuencia, sobre todo antes del desastre que tanto le perjudicó, pero aun después de aquella desgracia, muchas veces se le ha visto sacudirse y ser el mismo que fué en sus mejores años. Claro que esto sucedía muy de tarde en tarde, pero cuando llegaba era un espectáculo magnífico.

Recuerdo que la primera vez que yo fuí á Méjico también estaba contratado *Reverte*. El debutó mucho antes que yo, y á mi llegada ya había toreado tres ó cuatro corridas con un fracaso enorme. Volvió á presentarse y volvió á fracasar: se desacreditó por completo; al público no le interesaba, los aficionados preferían cualquier otro nombre en el cartel y el empresario se negaba á cumplirle el contrato, en vista de que había defraudado sus esperanzas. Daba verdadera pena. El pobre *Reverte*, que era la modestia misma, enfermo, abandonado de la fortuna que fué muchos años su compañera, perdida

la popularidad que hasta entonces le había sido fiel, en tierra extraña, andaba por Méjico, por aquellas calles donde le era difícil tropezar con una cara amiga, desamparado, silencioso, triste y solo. Sin medios suficientes de fortuna para contestar á las demandas del empresario con un gesto generoso de orgullo, para defender unas pesetas, se veía arrastrado á un pleito difícil. Su amor propio no le permitía aceptar el socorro que sus compañeros, de buen grado, le habrían ofrecido, y su porvenir se veía más negro que la noche. Tal era la situación del torero más mimado por los públicos durante muchas temporadas, cuando *Algabeño* estaba á punto de anunciar su beneficio. Entonces Reverte se acercó á José García y le pidió por favor que le pusiera en el cartel de su corrida; aceptó éste y llegó aquella tarde que no se me olvidará nunca.

Al principio no ocurrió nada de particular, pero llegada la hora de pasar de muleta á su primer toro, Reverte se fué á él con los avíos. El animal era grande y bravo, de los que acometen como una centella en cuanto ven algo ante su cara, y todo el mundo tembló, yo el primero, al ver acercarse á semejante fiera á un hombre sin ánimos al parecer y maltrecho de seguro. Le tendió la muleta,

arrancó la bestia tirándole doscientas cornadas, se creció el torero, no ya defendiéndose de su enemigo sino desafiándole, provocándole, y en medio de la plaza, entre un remolino de polvo que levantaban al luchar, se vió á Reverte y al toro confundidos, acometiéndose, esquivándose el uno al otro ; la muleta iba y venía como una bandera y cada minuto el torero estaba más cerca y más valiente y el toro más desengañado y con más fatiga. La gente, de pie en las localidades, se volvía loca de entusiasmo cuando el animal juntó las manos: entonces Antonio se tiró todo derecho y el toro salió rodando de la suerte. Como valor, como ímpetu, yo no conozco nada semejante á aquello. El público aclamó con delirio á Reverte y luego le llevó entre aplausos hasta la fonda. Este era el torero.

Aquel mismo día el empresario le dió toda clase de satisfacciones y se firmó un contrato magnífico para la siguiente temporada, pues hubiera sido un gran negocio para ambos su reaparición en Méjico después del éxito enorme de aquella tarde, pero la desgracia le perseguía y poco antes de emprender el viaje murió en Madrid.

A mi juicio, ningún lidiador ha respondido como él al concepto popular del torero.

Bombita.—Yo hablaré de mi hermano—nos decía Ricardo Torres—juzgándole como torero y sentiría que se confundiera una admiración sincerísima que tuve por él con el natural cariño que le profesó. Si la calidad y la cantidad de torero que había en J. milio la hubiera encontrado en otro hombre lo mismo lo diría, como no me he recatado para exponer mis opiniones sobre otros compañeros que me gustaron aún más que él.

Mi hermano fué un bonísimo torero—á mi juicio—y un gran matador de toros; pero así: un gran matador de toros. Con el capote tenía recursos de eficacia y de adorno, banderilleaba con mucha seguridad, y torea-ba con la muleta admirablemente. En el pase natural, que ha sido, es y será siempre esencia del clasicismo torero y suprema dificultad de los lidiadores, corría la mano y templaba como muy pocos; en el ayudado por bajo castigaba muchísimo: todos los demás los ejecutaba con gran corrección. A la hora de matar, ya lo ha dicho, un estoqueador magnífico.

Tenía facultades, elegancia, arte, alegría y una simpatía tremenda entre todos los públicos, que en ocasiones hasta por las calles le aplaudían, y sin embargo, no llegó á ser la primera figura del toreo nunca, aunque sí

una de las primeras. Yo me explico esto perfectamente. Mi hermano tuvo mala suerte. Al principio, cuando más afición y más entusiasmo y más facultades poseía, cuando estaba en pleno triunfo por estar también en pleno dominio de su arte y de su personalidad, se encontró con que *Guerrita* culminaba en el apoyo de la gloria y *Reverte* estaba en la cumbre de su popularidad. Contra el primero era inútil la pelea: aquel torero ha sido único, y aunque Emilio, en su afán de complacer siempre á los públicos, le hizo muchas tardes apretarse bien los machos de la taleguilla, no podía haber competencia. Al segundo, á la larga le hubiera ganado la partida seguramente. Sin embargo algo, es decir, mucho, llevaría dentro *Bombita*, cuando en una época en que los matadores de toros se llamaban *Guerrita*, *Mazzantini*, *Espartero*, *Reverte* y *Fuentes*, él supo ocupar dignamente el segundo lugar, sin que una sola tarde fueran sus faenas indignas de resistir comparación con las de sus compañeros.

Luego se fué Rafael fuera de los toros y á mi hermano, joven y fuerte todavía, le quedaba ancho margen para colocarse en donde debía; pero entonces se casó, le nació un hijo y perdió casi por completo la afición.

Estas tres cosas que muchos han sabido soportar sin menoscabo de su propia fama, acabaron con *Bombita* como torero y empezó á pensar con insistencia en retirarse; y yo soy de opinión que cuando semejante idea pasa dos veces seguidas por la mente de un matador de toros, sin vacilar debe llevarla á cabo. Sin duda lo comprendió él así también, puesto que lo hizo.

Es fácil explicarse esto. Un hombre que había asistido como actor, no como espectador, á una de las épocas de mayor florecimiento del arte taurino, que había presenciado grandes hazañas del más grande entre los diestros, que había compartido con él muchos triunfos, que compitió noblemente, lealmente, con las figuras más populares de la tauromaquia, es natural que al ir desapareciendo poco á poco los que fueron sus compañeros de lucha, al verse solo, rodeado de gente nueva, sintiese esa desanimación que le recluyó en su hogar.

Hoy vuelve á sentir muchas veces los cálidos entusiasmos de sus mejores días, y cuando vamos á alguna tienta, quien más torea y se mueve entre las reses es Emilio. Pero ya es tarde, ha arraigado bien en su casa y no es fácil, ni mucho menos, que vuelva á ceñirse el traje de luces.

Montes.—Al hablar de *Montes*, el que escribe estas líneas avanzó un juicio no del todo favorable para el malogrado diestro de Triana; Ricardo Torres me atajó en seguida:

—Es una equivocación muy frecuente, sobre todo en Madrid, esa de creer que Antonio Montes no tenía mucha importancia. En Méjico, donde le conocían bien, donde le habían visto con frecuencia, y en Sevilla, donde asimismo toreó muchas veces, tenía una gran masa de admiradores y él lo merecía en justicia, porque ante aquellos públicos tuvo ocasiones de darse á conocer y demostró que no era un ignorante, ni muchísimo menos. En Madrid tuvo la desgracia de torear relativamente poco y con escasa suerte; de aquí que estos aficionados no le tuvieran en tan gran estima como aquéllos. Pero la realidad es que Montes era un excelentísimo torero, sobre todo con el capote y la muleta.

Nosotros empezamos juntos de novilleros y éramos muy amigos; en aquellos primeros años él tenía más cartel que yo, y los dos andábamos por esas plazas de Dios haciendo méritos para llegar á matar toros. Corriendo el tiempo, sea por lo que fuere, á mí me ayudó más la fortuna, y desde el momento en

que yo empecé á crecer como torero, Montes empezó á despegarse de mí, hasta el punto de que últimamente no le ocurría mal que no se lo achacase á los obstáculos que yo le ponía. En esto era injusto. Bien saben cuantos me tratan, que yo siempre fui buen amigo suyo, aun en los días que él no lo era mío.

Digo que con la muleta castigaba muchísimo y matando llegó á alcanzar una gran seguridad. Se ha hablado mucho de defectos y tranquillos y ventajas. Verdad que tenía la costumbre de enmendarse siempre un poquito al arrancar, pero de esto únicamente es responsable el público, pues si en vez de aplaudirlo la mayor parte de las veces y censurarlo otras no lo tolerase ninguna, el matador ya tendría buen cuidado de corregirse. Por lo demás, en esa suerte siempre hay un gran peligro, y la prueba de que esos saltos, traspies y paso atrás no lo eluden, es que el pobre Montes cayó herido de muerte precisamente al estoquear un toro.

Lidiábamos aquella tarde en la plaza de Méjico reses de San Diego de los Padres—cruzados de Miura—Fuentes, Montes y yo. A él le salió un toro cobarde y de mucho poder. En la faena de la muleta vimos todos claramente que se acostaba del lado derecho, vicio que no logró el matador corregirle con

la muleta á pesar del mucho empeño que puso en ello. Juntó las manos el animal, se perfiló Montes y en aquel momento, como movidos de un resorte, Fuentes y yo que estábamos muy cerca le gritamos á un tiempo: —¡ Gánale el pitón !

No sé por qué, sin duda por exceso de valentía y de amor propio no lo hizo ; se fué derecho y enterró el estoque en el morrillo á la vez que el toro le daba una cornada tremenda.

Cuando le levantaron al pobre echaba un chorro grandísimo de sangre espesa y obscura. Dicen que las primeras noticias que llegaron á España hablaban de una herida no muy grave ; los que le vimos caer sabíamos que aquello era la muerte.

De no haberle ocurrido tan horrible desgracia, Montes hubiera sido una verdadera figura del toreo.



Montes el día de su cogida y muerte en Méjico

PSICOLOGIA PROFESIONAL

Las preocupaciones de Bombita.—El valor y el miedo.—
Los amigos.—Los públicos.—Los toros.—Los ganade-
ros.—La prensa.—La cuestión de las puyas.—Los miu-
ras.—Bombita y sus compañeros.—El Montepío tauri-
no.—La cuestión palpitante y el destierro. ❀ ❀ ❀



PSICOLOGIA PROFESIONAL

¡ Cuántas veces, cuántas, los que á diario tratan á *Bombita*, se muestran sorprendidos de sus bruscos cambios de carácter ! El que antes todo era alegría, amabilidad, el *cau-ser* gentil y ameno, de improviso se convierte en estatua incommovible, hombre taciturno, que monosilabea por pura cortesía y se abstrae y aísla del medio ambiente para rebuscar soluciones que le preocupan.

Bombita es excesivamente impresionable, excesivamente tozudo y excesivamente razonador hasta dar con la quinta esencia de todas las cosas que logran interesarle ; cualidades de su carácter son estas tres, que al parecer rayan en el antagonismo más exacerbado, y, sin embargo, todas ellas anidan en el modo de ser del torero de Tomares y

casi, casi constituyen el trípode que sustenta toda su psicología.

Merced á su testarudez, que mejor pudiera llamarse firmeza de voluntad, *Bombita* ha llegado á lo que ha llegado. Al principio de su vida taurina, cuando nacieron en él aquellos sueños de ser torero de cartel, de fama, de definitivo nombre, su familia, sus amigos, su mismo hermano Emilio, pretendían disuadirle de sus propósitos, y como principal argumento, de continuo esgrimían la pobreza de medios físicos de Ricardo. Pero Ricardo quería ser torero y para ello quiso ser primero y siempre hombre fuerte, y lo fué; lo fué merced á una constancia sin límites, verdadera esclavitud que impúsose á sí mismo, en llevar una vida higiénica, metódica, adecuada, para no perder las fuerzas que en el gimnasio y en el ejercicio de su profesión adquiría.

Impresionable es Ricardo hasta la exageración: todas las artes le conmueven, todos los actos elevados le emocionan; dijérase que en esto apunta un espíritu de romanticismo sensiblero, y fuese ello así, de no ser el carácter del torero muy acoplado á todas las realidades, y un poco escéptico para los sueños ideológicos. Su impresionabilidad es realista, es hija de la vida misma, y estas

sus emociones no son veleidosas, no son punzadas de histerismo, que dejan un recuerdo firme y se traducen en un criterio que anima luego muchos actos.

El razonamiento de *Bombita*, llega á constituir un defecto; no quiere actos sin explicación de su por qué, no toma determinaciones sin la previa meditación y prefiere en aras de la seguridad, sacrificar los oportunos, que á veces tan convenientes son á los artistas, y que no en pocas ocasiones dieron base para títulos de inspiración, de genio, de improvisación estética... (1)

Pero las preocupaciones de *Bombita* no caen nunca dentro del campo de lo supersticioso; la bicha, los paraguas, los gatos, toda esa fauna y flora que á tantos otros esclaviza y aterra, á él no le produce la menor impresión. Más que encontrarse con dos cojos ó tres tuertos, ó un entierro al ir á la plaza, le preocupa el que haya viento, el que le moleste la última herida, ó el que sus piernas no estén fuertes y ágiles.

(1) Y cuando *Bombita* leía estas líneas, un tanto alambicadas, sonreía escéptico, y dando fe de su prurito realista razonador, decía: «Espacio, espacio. ¿A qué viene todo eso? ¿Qué le puede á nadie importar el que yo sea así ó asao? Yo borraría todo eso, que es verdad, pero que es una verdad que á nadie interesa y á mí me puede perjudicar por demasiado presuntuosa. Yo soy mucho más infeliz que todo eso que dice usted ahí».

Fuera de los momentos que preceden á la corrida, se preocupa más por pequeños detalles que por lo que ocurra en el redondel. Cuenta un su muy íntimo amigo—y vaya la anécdota como ejemplo—que en cierta ocasión en que *Bombita* toreaba por primera vez en su vida en cierta Plaza (1), antes de la corrida, unos amigos le presentaron en la fonda á un señor don Fulano, que nunca quiso salir de su pueblo, cercano á la capital, desde hacía veinticinco años. Antes de esa época vivió en Madrid y fué, parece, aficionado á toros. Los amigos de don Fulano le habían hablado en miles de ocasiones de *Bombita* y su arte con los toros, y tanto y tanto se lo encomiaron, que el buen señor se decidió á salir de su pueblo para ver torear á *Bombita*.

Todo esto se lo referían al diestro mientras se vestía para ir á la Plaza, y despidióse de su nuevo amigo don Fulano, diciéndole, sonriente: «Pues á ver si no le pesa el haber dejado por mí su destierro...»

La corrida fué mansa y para *Bombita* desgraciada si las ha tenido. No pudo hacer nada completo en toda la tarde, y á cada nueva suerte que intentaba y no le salía bien, se le veía entristecerse más y más...

(2) La Coruña.

Ya en el tren, terminada la corrida, en vano su íntimo amigo (el que relata esta anécdota) pretendía sacar á *Bombita* palabras del cuerpo; á sus preguntas contestaba con monosílabos y, siempre con gesto de honda preocupación, se obstinaba en no hablar.

—Pero, ¿qué demonios te pasa, hombre? ¿En qué piensas tanto?—díjole al fin su amigo.

Y Ricardo, muy serio, replicó:

—Pienso en lo que pensará de mí don Fulano, ese señor que sólo por verme torear ha dejado su pueblo. ¡Ya ves cómo he estado!... ¡¡Lo que pensará ese buen señor de *Bombita*!!

Y así, por el estilo, muchas de sus preocupaciones. Preocúpale que un señor antes de una corrida le diga que á él lo que más le gusta es verle cambiar de rodillas, ó jugar en banderillas, ó dar largas cambiadas, etc., porque ya durante la lidia, como una obsesión, tiene fijo el recuerdo del gusto de aquel señor, y busca momentos siempre para dejarle satisfecho, como si él solo fuera el que le estuviese viendo torear y al único que debía complacer...

Siendo el primer elemento para la lidia taurina el valor que el torero ha de contraponer con la fiereza del toro, es evidente que

el factor coraje y animosidad constituya la gran vanidad de los hombres de coleta.

Bombita no habla nunca de su valor, pero no por eso lo tiene en menos estima. El concepto del valor lo tiene originalmente dividido en dos clases, valor frío, sereno, sin altas ni bajas, y valor vibrante, corajudo, caliente, circunstancial, de momento. Comprende Ricardo, que es este último el valor que más agrada, que más llega al público, que más aplausos arranca, pero él estima de más mérito el valor frío, sin arrebatos, sin ostentación, consciente de lo que le puede ocurrir.

Por su parte, en muchas ocasiones se ha dado *Bombita* perfecta cuenta de que los toros le iban á coger. En Madrid, el día del célebre toro *Pañero*, que le ocasionó una grave cornada en el muslo, al oír los clarines de cambio de suerte, mientras cogía la muleta y el estoque, dijo encarándose con un íntimo amigo que ocupaba una barrera del uno: «Pepe, vete á la enfermería, que yo no tardaré en llegar.»

En otra ocasión, en Sevilla, tuvo que torear un toro difícilísimo que le echó mano varias veces y no había forma de darle muerte. Ricardo, al hablar de ese toro, siempre exclama: «¡Qué seguro estaba yo de no escapar bien de aquel lance! Lo veía tan claro,

tan claro, que cada vez que me acercaba con la muleta tenía la seguridad de salir enganchado. Tuve la suerte de que el cuerno no penetrase en mis carnes y sólo me voltease, y al fin pude agarrar una estocada que le tumbó... Cuando me iba hacia la barrera, sentí un estremecimiento, un escalofrío, un sudor de muerte... ¡tenía miedo al recordar el peligro que había pasado, y cuando lo estaba pasando, estaba yo tan tranquilo y sereno!

»Pero indudablemente el público se impresiona más con las rabotadas de un momento, con los gritos, con el dejadme solo, que con un torero que ni chille ni se muestre loco, ni dé patadas en los hocicos de las reses, pero que esté siempre valiente y en su terreno. El valor para mí, está mucho más en el que sabe dónde se encuentra el peligro y no se aparta de él descompuesto, que aquel que cegado por el coraje, se cuelga de un pitón inconscientemente, porque el arrebató de valor le puso como loco.»

Y ya próximos á terminarse estos apuntes, en los que se pusieron sinceridades y comentarios fieles á los pensamientos de *Bombita*, antes de que la suspicacia de algún malicio-

so pueda preguntarme algo sobre la amistad que nos une al torero, bueno será, expresar aquí el criterio que *Bombita* tiene sobre las amistades y el valor que da á las opiniones y conducta de sus amigos.

—«Yo sé—habla *Bombita*—que sólo tengo buenos amigos. Mil veces he leído en los periódicos y he escuchado en tertulias taurinas, que á los toreros nos perjudican extraordinariamente los amigos que extreman su entusiasmo por nuestras condiciones de artistas, que ellos son los que aconsejándonos ciegamente, nos hacen cometer mil errores, envaneciéndonos y realzándonos más de lo que valemos.

»Yo no sé si á algún torero le ocurrirá esto, pero sí afirmo que jamás ninguno de mis íntimos se permitió influir en mis determinaciones. En primer lugar, yo no soy muy dado á consultarles sobre mis proyectos, sólo se los comunico cuando han pasado á vías de hecho, y en segundo término, cuando alguna vez les pido su opinión, que no es con frecuencia y desde luego á muy corto número de ellos, su discreción (porque la tienen y si no no les consulto) les hace callar ó concretar mucho sus opiniones. Es un gran error este del juicio que merecen los amigos de los toreros. Mis amigos lo son en pri-

mer lugar del hombre; los que sólo me tratan como torero, son admiradores, y á esos jamás les consulto en nada, porque de sobra comprendo que el apasionamiento no los deja discernir en justicia y con lógica.

»Yo tengo muchos amigos, muchos partidarios y á Dios gracias muchos admiradores, lo sé, pero nunca confundo á unos con otros y sé dar á cada cual lo que creo más justo: amistad sincera á los íntimos, motivos de alegría con mi trabajo á los partidarios y muestras de gratitud y obligación para los admiradores.

»De todos mis amigos, hago yo una selección para aquellos á quienes quiero como á hermanos: Pepe Becerra, Manolo Eulate, Belluga, Gelasio Martínez, Alberto Vela, Albéniz y alguno más, me han dado mil pruebas de su cariño hacia mí, que está por encima de mi calidad de torero, de mi nombre ó de mi fortuna, son amigos de Ricardo Torres más que de *Bombita*, y alguno de ellos llegó su afecto hacia mí hasta el punto de no presenciar corridas en que yo toreo por pasarlas en continuo sobresalto, y cuenten, con que todos ellos son de los aficionados que no pierden ocasión ni oportunidad para ver toros.

»Pues bien, ninguno de esos amigos ínti-

mos, se ha atrevido á intervenir directamente en mis pleitos taurinos ; se limitan á enterarse y comentar, pero nunca á influir en poco ni en mucho en mis resoluciones.

»A veces, veo yo positivamente que los aficionados á toros se contagian unos de otros y forman atmósferas contra un torero por el detalle más insignificante, ó encumbran á otro por un gesto ó una actitud sin importancia. A mí me ha ocurrido esto muchas veces con los públicos de toros, que como ningún otro es v. leidoso. Me encumbró, por ejemplo, el de Madrid, rápidamente hasta un lugar que no merecía, y cuando ya estuve arriba, se dedicaron á tirarme ; hubo veces en que yo creí que el público de Madrid me había llegado á tomar verdadero odio, y temblaba de salir á torear en esta plaza ; pero la reacción no se hacía nunca esperar, y por encima de aquel sentimiento general de antipatía, que era algo así como un deseo que tenía la mayoría del público de que yo quedase mal en las faenas, cuando hacía algo que merecía aplausos se olvidaban de los prejuicios y se me ovacionaba con calor. Dicen por ahí algunos de mis partidarios, que yo soy el torero á quien se ha silbado con más ensañamiento, pero se olvidan de que también soy el que ha

escuchado las más exageradas ovaciones.

»Sólo me molesta, respecto á los públicos, una cosa, y es que no olviden dentro de la plaza á la persona del diestro, para fijarse sólo en su trabajo. Eso sería lo lógico: al público no le debe importar que el torero sea de Madrid ó de la China, que gaste coche ó tome el tranvía, que lleve sombrero hongo ó calañés, que tome café en el Ideal ó que vaya á la tasca del Cojo; todo eso debe tenerle sin cuidado. Ante los toros sólo se debe ver al artista, y es preciso conceder que para matar reses bravas no hay necesidad de escupir por el colmillo, blasfemar á cada momento ó cortar la cara á las mujeres.

»A mí, el público que más me agrada, juzgue con ó sin apasionamientos, es indudablemente el que más entiende de toros, el de Madrid, luego Sevilla, Valencia, Córdoba y el Norte, que es como volver á decir Madrid otra vez. En Francia y Portugal tengo yo un buen cartel, y sin embargo, cuando toreo por esas plazas, parece que me falta algo, me parece la lidia una pantomima en vez de una alta función artística.

*
* *

»Me pregunta usted, mi buen amigo, que

cuáles son los toros por mí preferidos, de qué hierros y en qué particularidades...

»He de empezar por advertirle que á mí me gustan todos los toros, que yo jamás he puesto el veto á ninguna ganadería y que en los años que llevo de torero no he tenido el menor disgusto con ningún ganadero, exceptuando el reciente, recentísimo de los miuras.

»Creo que donde hay sangre más brava, es indudablemente en la vacada del Marqués del Saltillo y en la del señor Muruve; de tener predilecciones, estas dos ganaderías serían mis predilectas. Las de Parladé, Santa Coloma, Pablo Romero, Concha y Sierra, Vicente Martínez, Aleas y Arribas, me gustan mucho también, y dan en general buen juego.

»De los pelos me gustan los cárdenos claros, y de condiciones de lidia los toros poderosos y bravos, que permiten hacer más cosas sin agotarse.

»Es indudable que algunas ganaderías de primer orden, que tienen un justo renombre conquistado, han dado tal bajón, que ya nadie las quiere torear, ni ver torear. Yo no echo, en esos bajones, toda la culpa á los ganaderos, son las circunstancias: cada año se celebran más corridas de toros en Es-

paña, y se exportan para América mayor número de reses bravas. La demanda es tan grande, que la inmensa mayoría de los ganaderos, todos los años se quedan sin un toro por vender; naturalmente, que los ganaderos, ante ese negocio franco, abren un poco la mano en las tientas, y se envía para lidiar mucho ganado que debió ir al matadero; hay que fijarse en que las ganaderías antiguas son las que más han caído respecto á bravura y es porque, naturalmente, son las que más ganado han vendido, porque para ellas es la mayor demanda.

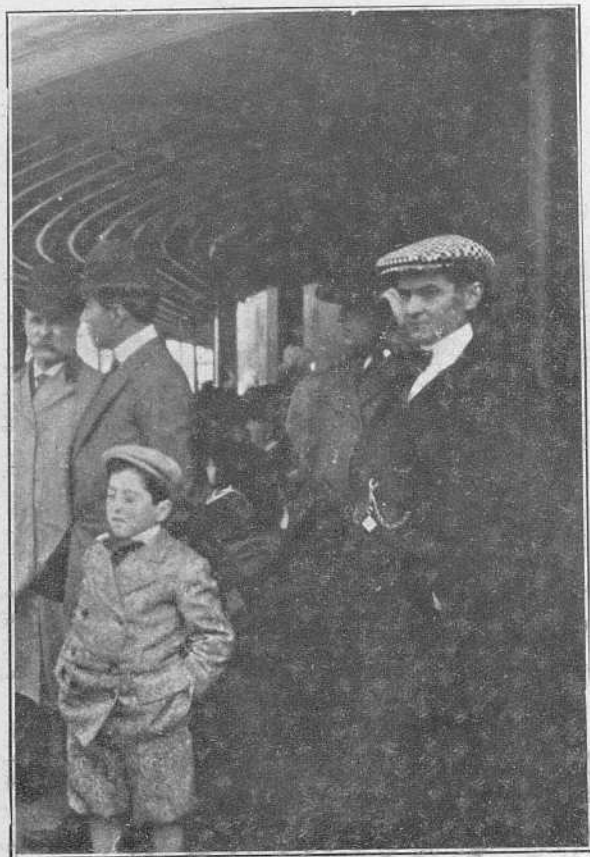
»Yo no me explico cómo, existiendo hoy una Asociación de ganaderos, ellos mismos no ponen correctivo á este abuso de vender todo lo que nace de vaca para ganado bravo. La Asociación de ganaderos parece, al contrario, sólo creada para que éstos medren y para ejercer presión y coacciones sobre los empresarios y toreros. Es posible que este juicio mío parezca á alguien exagerado, pero yo me atengo á los hechos, y éstos me dicen que desde que se creó la Asociación de ganaderos, el público no ha visto en sus trabajos ningún beneficio, y los que estamos dentro de la vida taurina, sí sabemos que se han realizado ciertos actos, que si bien van en lógica defensa de los ganaderos,

van en contra de la mayoría de los elementos constituyentes de la Fiesta Nacional.

»Aquella famosa cuestión de las puyas, prólogo de la serie de pleitos que luego han surgido en las cosas taurinas, tenía una razón de ser más sólida de lo que parece. Los ganaderos actuales, en general tratan de tapar la falta de bravura de algunos de sus toros, dándoles mucho poder á fuerza de grano, y es natural que los piqueros, contra ese exceso de poder, intentaran usar armas más poderosas. La lógica estaba de parte de los toreros, que tienen perfecto derecho á defender sus vidas. Naturalmente, que con el tipo de puyas que se quería adoptar, los toros hubieran sufrido mayor castigo, y es muy probable que muchos de los que hoy toman cinco ó seis varas, no hubieran aceptado más que dos ó tres.

Pero ni en esto, ni en la cuestión de los miuras, quiso el público ser justo para los toreros. En el conflicto del señor Miura, sólo han salido perjudicados los toreros, y yo he de declarar que mil veces me he arrepentido de haber iniciado aquel pleito, de cuyos resultados aún hay muchos que se con-duelen y padecen persecución con notoria injusticia.

Durante el transcurso de ese conflicto, á



Bombita en alta mar

mí no me importó jamás el que pudieran atribuir á miedo mi actitud y la de *Machaquito*.

»Contra esa aseveración gratuita estaban las estadísticas de los diez últimos años, de las que resulta que *Machaquito* y yo somos los toreros que más miuras hemos matado. Lo que yo no quería consentir es que ese ganadero, explotando el trágico cartel de sus toros, se enriqueciera más y más, y cada día, á fuerza de apurar las camadas, de mover y violentar los toros para darlos más poder, sus reses hicieran andar de cabeza á los principiantes y por ello fuesen causa de muchas desgracias.

»Nosotros pedíamos más dinero por torear los miuras, no por la pretensión ambiciosa de sacar más dinero, puesto que estábamos decididos á ceder los *pluses* á los hospitales, pero sí con el objeto de que esta ganadería cuidase en la selección con más escrupulo. ¡Es inaudito, es inverosímil, el número de toros y novillos que lidia al año el Sr. Miura, desde hace cuatro ó cinco temporadas á esta parte, y más inverosímil resulta todavía, para el que sabe cómo estaba esa vacada hace cinco años, las camadas que tenía y las vacas que llevaban rabo. La multiplicación ha sido tan milagrosa como

aquella de los panes y los peces de que nos habla la Historia Sagrada.

»Claro que yo no tengo para qué meterme en la manera de administrar su ganadería el Sr. Miura; pero creo que éste tampoco tiene derecho á armar un conflicto contra mí, porque yo quiera cobrar tanto ó cuanto por lidiar sus toros. ¿Me mezclo yo en lo que D. Eduardo lleve á las Empresas por su ganado... ¡y algo podría decir de ello!

»En este pleito se perdió y nos perdió á todos, mi exceso de nobleza. Si yo hubiera seguido el procedimiento de los antiguos toreros, hubiera hecho mucho mal al Sr. Miura, haciendo poco por sus toros, que resultarían más veces fogueados que ahora. Sólo con implantar el justiciero procedimiento de la raya, para los picadores, hubiera hecho al Sr. Miura tanto daño como el que él me ha pretendido hacer á mí. Pero el público y parte de la Prensa, no entendió que teníamos razón los toreros, y como para mí, antes que nada, es el público, y como se me importa un bledo que me suelten todos los miuras que quieran, al ver desaliento en mis compañeros, me lavé las manos como Pilatos, y hago que cada cual aguante su vela, que con torear miuras, ni yo ni *Machaco* nos perjudicamos tanto como otros to

ros que se pusieron del lado del citado ganadero.

»En esto de los compañeros, hay también no poco que hablar; existen entre algunos unas envidias, unos resquemores, que les hacen olvidar el interés de la clase y aun el propio, sólo por el prurito malsano de decir negro cuando Fulanito dice blanco. En la misma creación del Montepío Taurino he tenido ocasión de apreciar la poca solidaridad, la falta de espíritu de clase y amor de compañeros que existe entre los toreros. No diré yo que sea por sentimientos egoístas, pero es lo cierto que los que están en los peldaños de arriba se preocupan menos de lo que es debido, atendiendo á los sentimientos de fraternidad y compañerismo de los que empiezan á subir la escalera.

»Al fundar el Montepío quise yo prescindir de todo lo que pudiera significar batalla, ó federación de toreros para luchar contra los empresarios ó los ganaderos. No, el Montepío nació en mí con la sola aspiración de evitar que los toreros pobres, al ser cogidos en el ejercicio d su profesión, tuvieran que ir á un hospital y dejar en la miseria á sus familias; quise precaver las desgracias de una inutilidad física y proteger á los toreros viejos para que al retirarse

de los toros tuviesen una vida tranquila...

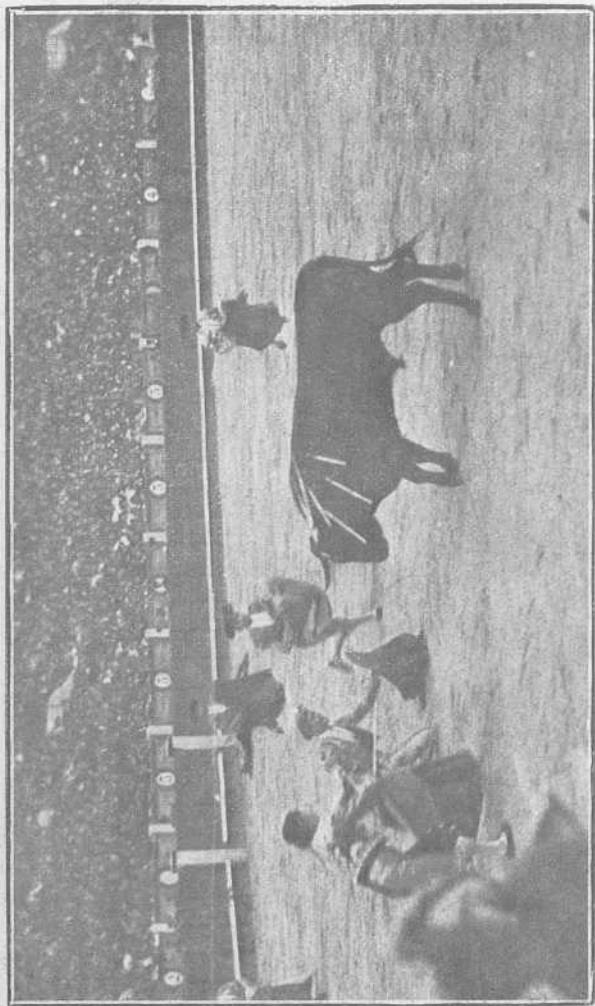
»Hasta ahora... vamos tirando. La Asociación de toreros viene rindiendo muy buenos servicios, no ha sido un fracaso; pero veo poco entusiasmo en los que más lo debieran tener, y temo que no se pueda seguir adelante, pues para ello, el concurso de todos es indispensable, y por desgracia, no todos se sienten entusiasmados ante la idea de socorrer al compañero desgraciado.

»El Montepío tendría una vida fácil y próspera, sólo con un pequeño sacrificio por parte de cada uno, sobre todo, de los que figuran en primera fila, y que no deben, no pueden olvidar lo que se sufre al empezar la vida de torero, y lo que se agradece y estima una protección que nadie como nosotros mismos podemos dar á nuestros compañeros.

*
**

»No, no vengo á torear á Madrid. El señor Mosquera no quiere que venga. Hora es ya de decirlo claramente.

»La prueba mejor de que no soy yo el que no quiere venir, sino el Sr. Mosquera el que no quiere traerme, está en que el citado señor no ha dado un solo paso para iniciar las negociaciones. Visitó á *Machaquito* una y va-



Un toro de Benjumea, al pasar Bombita de muleta, le arrojó y empuntó tirándole al suelo;
el diestro se hizo el quite con un pase de rodillas

rias veces, porque quería contratarle; á mí no sólo no me ha hablado, sino que ha asegurado que no quiere que yo le hable.

»Que yo esté ofendido es natural. No son ya las exigencias, el dinero, la escritura abierta, lo único que nos separan, es que el Sr. Mosquera no ha procedido lealmente nunca conmigo.

»Se aprovechó del mal efecto que hizo en el público la cuestión de los miuras, para obligarnos, á *Machaco* y á mí, á aceptar sus exigencias, porque aquí lo que se ventila es que las escrituras abiertas no las tenga el torero, sino el empresario.

»A fines de 1908 prometí al Sr. Mosquera, para el año siguiente rebajarle en algo mis honorarios. Estando en Cáceres recibí una carta del citado señor, para contratar-me; en dicha carta se me recordaba mi promesa, pero además se me exigía que señalara fechas fijas de corridas, que quitase las substituciones, las corridas *de la cama*, los contratos en blanco, en fin, todas las condiciones del contrato, á más de rebajar el precio. Es decir, que no se me quería contratar.

»Contaba, como es natural, con que me negaría á aceptar esas condiciones, y ya no volvió á insistir el Sr. Mosquera. Y estas son

todas las negociaciones privadas que han existido.

»A cambio de ello, el Sr. Mosquera repartía en la Plaza de Toros prospectos diciendo que no me contrataba por mis exigencias (yo creo que mejor hubiera estado decir, por las suyas).

»Mosquera no quiso que torease en Madrid y regañó con la Prensa y estuvo á punto de hacerlo con la Diputación.

»¿Hice yo algo parecido á eso?

»Y conste, porque algunos lo ignoran, que ninguna de las condiciones de mi contrato han sido inventadas por mí: existían ya de antiguo y gozaron de ellas muchos toreros. ¿Qué dirían mis compañeros si yo ahora me ablandase y las dejase desaparecer? Lo primero que me tacharían sería de egoísta, y creerían que por tener yo ya dinero, me importaban un bledo mis compañeros.

»En esta actitud yo no puedo transigir, y aunque lo hiciera sería lo mismo. Algunas veces he estado tentado de contratarme como quisiera Mosquera, para darme la satisfacción de que éste, aun accediendo yo á todas sus pretensiones, se negase á traerme á Madrid.

»Decir lo que yo lamento este destierro, no lo creo necesario. Siento verdaderas nostal-

gias por el público de Madrid, pero no es posible que yo me olvide tanto de lo que á mí mismo me debo, que suplique á quien con tanto desvío me ha tratado siempre.

»Por eso creo que no torearé en Madrid mientras sea empresario el Sr. Mosquera: él, está visto que no quiere tratar conmigo, y yo, no tengo para qué rogarle á él, pues por fortuna, aún hay otros empresarios que me consideran y solicitan, y de los que yo no debo abusar cuando una y otra vez me contratan.

»El Sr. Mosquera está en su derecho al defender su dinero y su negocio; y yo al poner condiciones por mi trabajo de artista. Cada cual en su sitio, pero bueno es poner la verdad en su lugar y que no ignore el público de Madrid que *Bombita* no torea en su Plaza, no tanto por mantener sus exigencias como por no ceder á las del Sr. Mosquera, árbitro de los asuntos taurinos actuales (aunque con apuntador sevillano).»

LA RETIRADA

Las fuerzas físicas y el arte taurino.—La emoción de los aplausos.—La popularidad.—¿Qué haría yo?.—El amor.—La familia.—Los viajes.—La vida pública.—Una vida sin objeto.—Por la madre.—El dinero.—Me retirarán los toros ó el tiempo. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀



LA RETIRADA

—Pues si usted viera que yo pienso muy á menudo en eso... ¿Retirarme yo?...

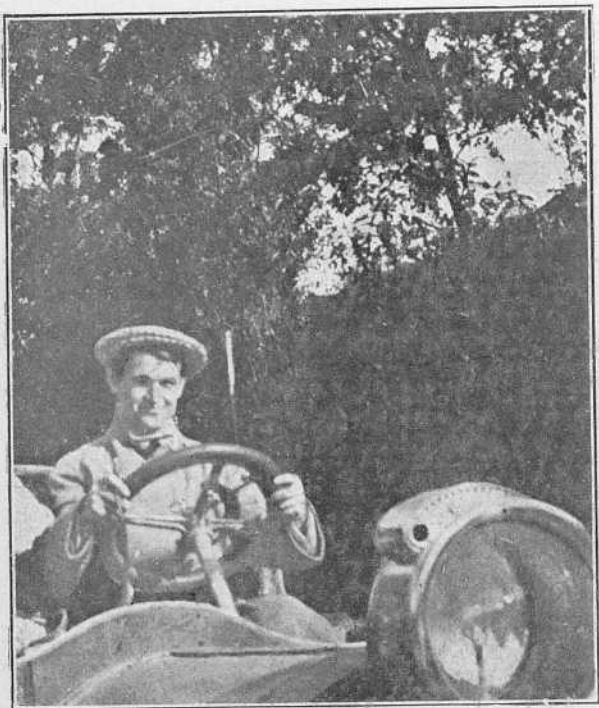
A veces, cuando el público, ó mis compañeros ó la Prensa, cometen alguna injusticia—que quizás no lo sea, pero que á mí me lo parece—conmigo, pienso seriamente en eso de la retirada. Pero... después de mucho pensarlo, siempre acabo por rechazar con verdadera repulsión la idea.

No; yo no puedo retirarme de los toros. Cuando era novillero, pensaba yo con verdadera alegría, que había de llegar algún tiempo, en que, harto de pelear con los toros y ya con el bolsillo bien repleto, yo me cortaré la coleta. Soñaba con un cortijo andaluz, lleno de sol y alegría; soñaba con un caballo altanero, que me llevaría á las ga-

naderías, á través de las jaras, de los huertos, de los montes; gozaba con la idea de tener una finca grande, muy grande, y que en el centro de ella hubiese un cerro, al que yo saliera muchas tardes, para contemplar con mis ojos toda la tierra mía y sentir el amor del labrador al ver sus campos cuajados en frutos...

Pero aquello pasó. Tan pasado está, que ahora que puedo satisfacer esos sueños, ni por casualidad se me ocurre emplear un puñado de billetes en adquirir una finca de labor.

No exagero, no; mi vida de torero es toda mi vida, yo no me retiraré del toreo mientras tenga fuerzas para seguir toreando. Ahora bien; lo que yo no haré nunca, por lo menos así lo pienso ahora, es salir á torear sin facultades. Yo he visto los últimos años de Mazzantini, de mi hermano Emilio, á los dos los he visto con mucha afición y sabiendo de toros, y sin embargo, fracasando muy á menudo por falta de facultades; yo he sentido verdadero miedo, al ver á *Conejito* ó Fuentes, salir á luchar con los toros, cuando tenían la seguridad de que sus piernas no les permitirían librarse de las cornadas de un bicho, ¡eso sí que es valor!... Yo no haré eso nunca: es exponer ton-



Bombita automobilista

tamente la vida, es ir á un suicidio cierto, es como el soldado que pretende parar las balas del enemigo á pecho descubierto. Yo entiendo que el arte taurino está en que el hombre domine á la bestia, y el dominio sólo se alcanza cuando el hombre es dueño de todas sus facultades.

Si algún día, por mi desgracia, un toro me malhiriera, dejándome algún muslo inútil ó débil, yo no saldría más á torear, ni siquiera para despedirme. El público de toros, el que es verdaderamente aficionado, ama seguramente la lucha, pero odia el que los hombres salgan al ruedo, como dicen que antiguamente salían los cristianos en Roma, indefensos, á dejarse despedazar por las fieras.

Muchos, muchos de mis amigos, los buenos, los que me quieren más como amigo que como artista, en miles de ocasiones me han preguntado el por qué de mi chifladura por los toros: yo no sé explicarlo; sólo sé que los aplausos del público me producen una emoción tan singular, que para mí lo es todo. ¡Cuántas veces! cuántas salgo yo malo, ó con triste humor á torear, y sin embargo, en cuanto estoy ante los toros y oigo aplausos, me olvido de todo; ya para mí, no hay más que eso, aplausos y más aplau-

sos, y conseguirlos sea como sea. Cuando me silban, no me desaliento, pero tengo un malestar especial. Y si sale una corrida en que los aplausos son generales, no para mí solo, sino para todos, entonces estoy más satisfecho, me acrecienta el estímulo, dan ganas de hacer más cosas, y me entra un cariñazo tan inexplicable para todos, que la alegría me rebosa y todo me sale bien.

Dicen que es fatuidad envanecerse del propio prestigio, y según eso, yo debo ser el primer fatuo del mundo, porque ¡cuidado si me gusta á mí la popularidad! ¿A qué negarlo? A mí me encanta ir á un café ó á un teatro y ver que se fijan en mí; me da verdadera alegría pasar por entre gentes y oír á los hombres decir á las mujeres: «Mira, ése es *Bombita*», y observar cómo ellas, guiadas por la curiosidad, procuran arreglar su paso con el mío, y después de hacerse un rato las indiferentes, cuando ven que no miro, pararse ellas á examinarme detenidamente. Es muy seductora la popularidad, mucho, es la mitad de mi existencia.

Retirarme yo... ¿y qué haría entonces? Apenas me cortase la coleta, pasados unos meses, otro vendría á ocupar mi puesto; de Pascuas á Ramos se hablaría de mí, y poco á poco, quedaría en el lugar de los recuer-

dos del ayer: ¡no se me discutiría, no sería el tema de las conversaciones, me quedaría solo, sin más que unos amigos fieles, y el resto, buscaría un nuevo ídolo taurino en quien poner sus amores de aficionado!

¿Y qué haría yo?... Todo mi dinero no serviría para proporcionarme una satisfacción, no igual, sino ni aun parecida, á la que ahora siento cuando se me aplaude por una faena. Mi vida sería muy triste, sin esos aplausos y esa popularidad.

¿Qué podría yo hacer? ¿Qué compensación buscar? ¿Cómo llenar el hueco que dejaría esa retirada de mi vida de artista?

Comprendo, por ejemplo, que Emilio, mi hermano, que tuvo la suerte de encontrar una mujer ideal y de enamorarse de ella, se acomodara en su retirada con el amor de la familia. Su afición sigue siendo inmensa, pero su mujer, sus hijos, le proporcionan tantas horas de ventura, que fácilmente, en pago de ellas, puede sacrificar sus aficiones. Pero... ese amor parece que á mí me está vedado; yo no sé si es porque he querido á muchas y siempre por horas, ó porque mi carácter no me deja entusiasmar seriamente con una mujer para hacerla mi esposa. Lo que sé, es que á los treinta años, que ya pronto cumpliré, no he sentido eso

que llaman una pasión amorosa y que hace felices á tantos hombres, y es más, creo que cada día que pasa, por mi manera de vivir, quizá por mi manera de pensar, me salgo más y más de ese camino de felicidad que á tantos toreros retiró del arte.

Muchos me dicen: «Pues bueno, ya que no quiere ó no puede ó no sabe crearse una familia, con el dinero que tiene, permítase el lujo de viajar. La vida del turista tiene muchos encantos...»

Yo, cuando oigo decir esto, me da un escalofrío. Poner como objeto de una vida el egoísmo de pasar por el mundo sin rumbo, caprichosamente, expuesto á perder hasta los amores de patria, y sobre todo ¡solo! Eso es muy triste. Yo sé decir, que jamás he sabido reir ni gozar estando solo. Yo ya he viajado mucho, mucho; conozco casi todas las repúblicas de América del Sur. Los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, parte de Suiza, Bélgica, Italia y Alemania, algo de Africa.

Hice siempre estos viajes con amigos ó personas de mi familia, y merced á esto, encontré encantos en mis excursiones, pero ¡solo! Viajar solo, sin afectos, incluso por el egoísmo de no estar desamparado en caso de enfermedad... No, eso no es para

mí; eso será muy inglés, pero para un artista español no se ha inventado.

Otros me hablan de iniciarme en la vida pública, y claro es que por el procedimiento más sencillo para el que tiene dinero: por la política. Y aquí, yo que no soy modesto, reconozco mi inutilidad completa. No vivo para eso. A mí, hablando de política me convence y si quiere, me engaña un niño; además, yo en esto, tengo muy distinta opinión que la generalidad de los españoles: creo que para ser político de alguna altura, no basta mala intención ni travesura, ni desfachatez; creo que ante todo y sobre todo, precisa tener un gran talento y una pasmosa cultura general de fondo, no sólo de forma, y eso yo no lo tengo, ¡ ¡ y es muy tarde para adquirirlo ! !

Es, pues, como digo, mi vida, una vez retirado, una vida sin objeto. ¡ Y á mí me mataría no tener algo que hacer, algo en que bullir, algo en que pelear ! Estoy, pues, muy contento con ser lo que soy, y no pienso por propia voluntad abdicar de esta manera de vivir. Sólo algunas veces me afecta el pesar de mi madre, que es una mártir, pues para ponerle cifra á la medida de sus sufrimientos, baste decir que ha tenido tres hijos toreros; que éstos han sufrido cogidas cerca de

un centenar de veces, que en más de cinco ó seis mil ocasiones, ha tenido que encender las velas á la Virgen de la Esperanza, y durante cuatro horas, se ha desojado á fuerza de mirar por el camino que traerá el chico portador del telegrama. Ella es la única que me hace pasar mal rato, cuando me habla de retirarme, y para hablar de sus razones, pone lágrimas de miedo y cariño en sus ojos... No es sensiblería, es que yo no he tenido más cariños que el de mi familia.

¿El dinero? Es verdad que ya me sobra, es cierto que muchas veces no sé qué he de hacer con él. Yo no lo desprecio ni le doy poca importancia, que á mí me ha costado muchos sinsabores reunirlo para que ahora lo desprecie. Me gusta hacer caridades, pero me disgusta en extremo que me exploten en ningún sentido. Si yo, cuando doy una peseta, estuviera seguro que la daba á una persona honrada, pero con desgracia, daría un duro; pero... es que ya he llevado muchos desencuentros, y siento desconfianza del que me pide, porque luego se ríen de mi blandura de corazón, que no todos saben agradecer el bien que se les hace, y muchos no lo agradecen, porque la caridad en muchos casos no sirve para remedio de verdaderas necesidades, sino para alentar vicios. Si yo encontra-

ra forma perfecta, daría con gusto dinero para favorecer la enseñanza y al labrador, cosas que yo creo las más necesitadas de protección en nuestra tierra.

Conque ya es sabido: se puede desmentir esos rumores que de algún tiempo á esta parte se propalan acerca de mi retirada.

A mí sólo me retirarán los toros cuando me dejen inútil para torear y sin facultades para la lucha, ó el tiempo, cuando ya viejo me llene de alifafes y ataque á esta salud que hoy tengo, y que es del único tesoro que soy avaro. Mientras una de estas cosas no ocurran, *Bombita* será torero, que al fin, yo apenas si soy Ricardo Torres, y lo que soy es debido á *Bombita*.

INDICE



INDICE

	<u>Páginas.</u>
¡Oh, la sonrisa del <i>Bombal</i>	5
Introducción.....	23
Biografía.....	31
Las cogidas.....	53
Opiniones.....	75
El arte de torear.....	89
Muertos é idos.....	117
Psicología profesional.....	145
La retirada.....	169

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

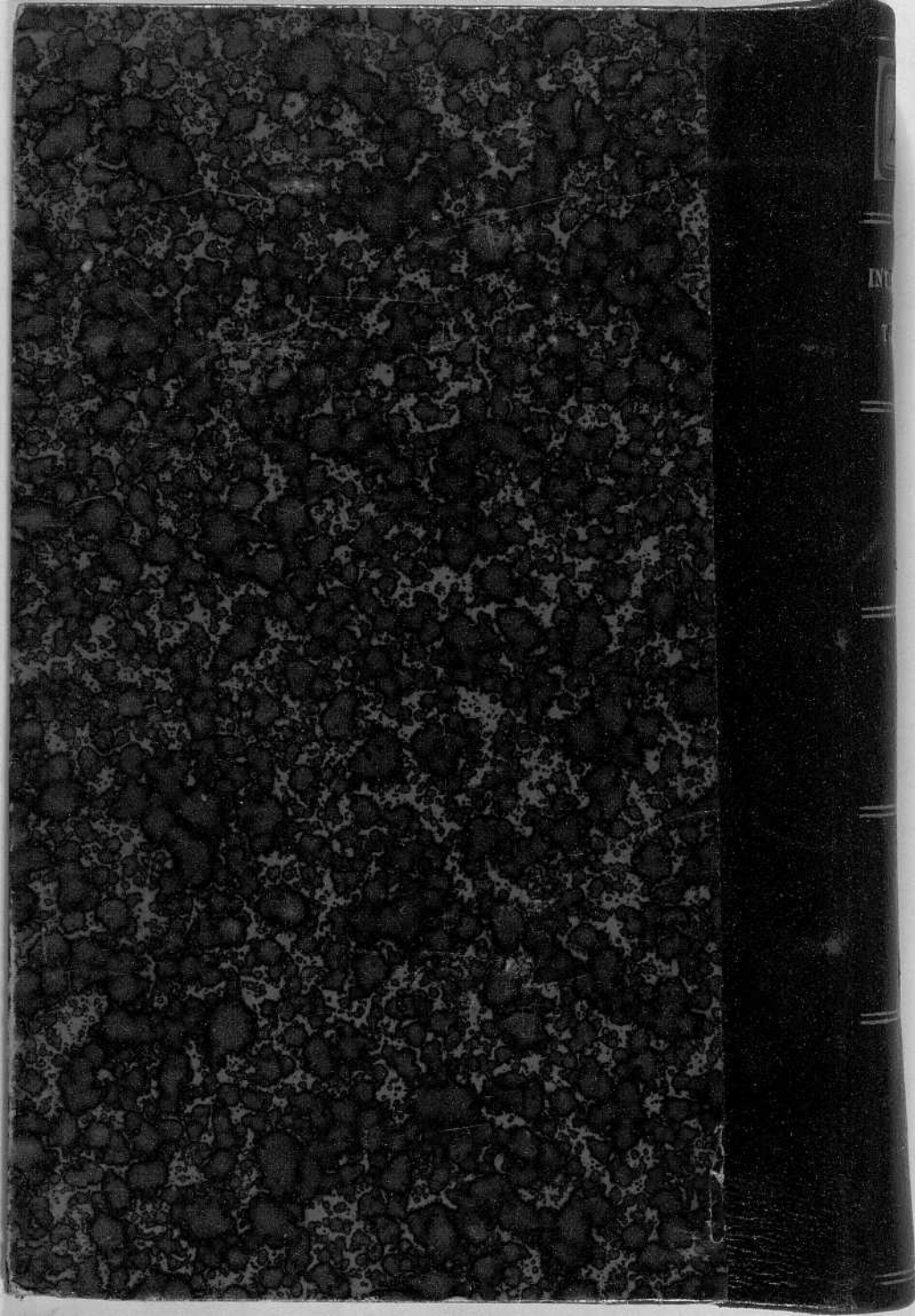
Pesetas.

Número 291 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición

Tabla..... 6 | Valoración actual.....

Número de tomos..



291.

INTIMIDADES

TAURINAS